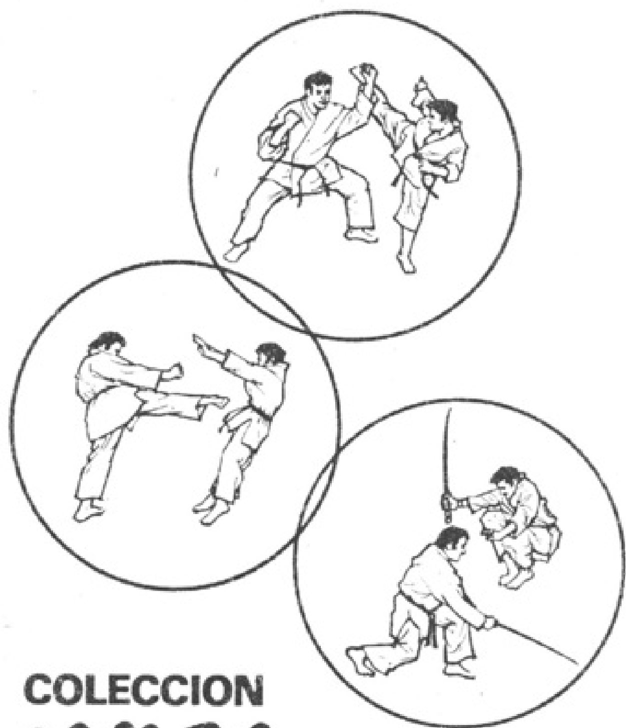


¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

LECCION DE SUPERVIVENCIA



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

19 — La sombra del Samuray, Curtís Garland

20 — Coro.de ángeles, Lou Carrigan

21 — Budokas contra la gripe, Ralph Barby

22 — Un castillo en Escocia, Clark Carrados

23 — La cripta del dios de Jade, Curtís Garland

LOU CARRIGAN

LECCION

DE SUPERVIVENCIA

Colección ¡KIAI! n.° 24

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, s. a.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-04952-4

Depósito legal: B. 16.795 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bragueta, S. A. Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

PRELUDIO
DOS MUERTOS POR UNA MOMIA

UNO...

La tensión soportada durante las últimas horas había desembocado en un cansancio físico que Henri Marot se proponía combatir de modo inteligente: un buen baño caliente. Luego, un poco de ron, y, ¡a dormir!

En su habitación, Marot acabó de desnudarse, y se puso el batín, de color whisky, que le llegaba por las rodillas. Marot, que aparentaba unos cuarenta y cinco años, daba la impresión de ser hombre bastante fuerte. Su gesto, su mirada de un azul desvaído, la fuerza de su mentón, no estaba muy en consonancia con su pacífico y anodino cargo: Conservador del Museo Arqueológico de Port-au-Prince, Haití.

Esa falta de consonancia tenía su explicación, y, de ahí la tensión de las últimas horas de Marot. Había llegado un momento crucial para él; un momento incluso un poco temido. A Marot, de pronto, le cabía una enorme responsabilidad; algo que no podía eludir.

Sacudió la cabeza, poblada por una abundante cabellera color arena. Iba a olvidar el asunto, y a relajarse. Cuando lo viera bajo su prisma real, estaría más tranquilo, sosegado. Dio un par de pasos hacia el cuarto de baño, con entrada desde el propio dormitorio, cuando oyó el zumbido en la puerta de su bungalow, situado en el límite de Pétionville, el barrio residencial de Port-au-Prince.

Vaciló un poco, pero acabó por comprender que la llamada no era tan ilógica como le pareció al principio. Por lo tanto, fue a abrir.

—Pase. ¡Rápido! —exclamó, con cierta precipitación.

La mujer entró.

Una mujer de rostro grave; su mirada incluso parecía algo sombría. Tenía los ojos grandes, muy negros; una boca sensual; un busto no muy grande, pero perfecto. Vestía de oscuro. El pantalón siluetaba unas piernas esbeltísimas, de muslos redondeados, muy sugestivos. Unos mechones de negros cabellos caían sobre un lado de su rostro.

—No esperaba un contacto, ahora —murmuró Marot.

— ¿Por qué no? —inquirió ella.

—No sé... Cosas mías. Confieso, que había perdido ya la costumbre de

esperarlo todo en cualquier momento, como en otros tiempos —y Marot se esforzó en mostrar una sonrisa un poco convincente—. Iba a bañarme, pero podemos hablar antes. La escucho, Paula.

—Puede bañarse antes, si lo desea, Marot. No tengo prisa.

—Bien... Parece que nuestra conversación será larga.

—Más bien sí.

—Supongo que nadie la ha visto entrar aquí.

Ella se permitió un esbozo de sonrisa.

—Nadie —aseguró.

Marot asintió con movimientos de cabeza.

— ¿Y el buque? —inquirió.

—Ya ha zarpado.

—Entonces, quedamos usted y yo en Port au-Prince, ¿no es así? Me pregunto si usted..., su control, es realmente necesario, Paula. Me produce la impresión de que no se confía totalmente en mí. Y eso me inquieta.

—La confianza en usted, es total. Debería comprenderlo. En sus manos ha sido depositado algo de incalculable valor. Mi misión, por lo tanto, es un complemento de la de usted. Por otra parte, comprendo que se encuentre aún un poco excitado; eso pasará con el tiempo. Puede transcurrir un año, o tres, ¡quién sabe!, antes de que debamos actuar. Siendo dos personas, usted y yo las encargadas de esa acción, llegado el caso, el peligro de relajación es menor.

—Algo así como un control mutuo.

—Más o menos. Pero estoy demorando su baño. Seguiremos hablando luego, Marot. Voy a exponerle mis condiciones de estancia en Port-au-Prince, y... una grave dificultad que ha surgido para mí, por azar.

Marot, mirando a Paula, había palidecido.

— ¿Una grave dificultad? —musitó—. ¿De qué se trata?

—Es un asunto personal mío. ¿Recuerda que cuando usted llegó al buque con la Comisión yo no aparecí?

—No la vi, en efecto. Me extrañó, pero...

—Me fingí indispuesta. Entre los miembros de la Comisión que subieron a bordo, había un viejo conocido mío: me refiero a Souci Clairmont.

Marot parpadeaba, muy preocupado, tratando de comprender el alcance de aquel inconveniente.

Quedó rígido al oír decir a Paula:

—Tendré que matar a ese hombre.

Tras reflexionar unos instantes, haciendo acopio de sangre fría, de serenidad, Marot dijo:

—Espéreme aquí, tomando algo, si le apetece. Me interesa pensar sobre eso.

—Sí, es mejor.

Marot abandonó el saloncito, lentamente, pensando a toda presión.

Por su parte, Paula Edgars, ya a solas, se irguió un poco en el asiento, como única muestra de su tensión. En aquella postura rígida, esperó. Estaba muy atenta a los ruidos, a los rumores; se oía el chorro de agua en el cuarto de baño. Y eso era todo. La zona donde estaba enclavado el bungalow era tranquila, silenciosa. Desde el bungalow, para captar algún signo de vida, había que mirar por el ventanal, y asombrarse ante la panorámica de la bahía de Port-au-Prince.

Y, de pronto, sonó el teléfono; un zumbido discreto, pese al cual, Paula no pudo evitar un fugaz respingo.

El teléfono...

Quizá fuese la solución para Paula. Y ésta, de pronto, decidió actuar. Con paso silencioso, rápido, se dirigió hacia el cuarto de baño. Llamó con los nudillos a la puerta, y dijo:

—Está sonando el teléfono, Marot. ¿Puede salir?

Marot, que estaba llenando la bañera, se limitó a ceñirse el batín. No hacía falta responder. Abrió la puerta del cuarto de baño, y empezó:

—No esperaba ninguna llama...

Y acabó con un murmullo ahogado, ronco, mientras que sus dos manos, súbitamente rígidas, agarrotadas, se dirigían al vientre, donde, por sorpresa, brutalmente, se habían clavado las tijeras que Paula había tomado del tocador del cuarto.

Paula no le concedió margen alguno para un intento de reacción, al actuar por segunda vez: las tijeras se hundieron en el cuello de Marot, con seco golpe, y la sangre apareció a borbotones.

Marot cayó de espaldas contra la pared, para deslizarse, ya muerto, hacia el suelo.

Hacía unos instantes que el teléfono había cesado en su zumbido. Con tranquilidad, Paula dejó caer las tijeras junto al muerto.

Paula echó a andar. El teléfono de nuevo... Por lo visto, la llamada para Marot era importante, pero Paula, haciendo caso omiso del zumbido, se deslizaba ya hacia la salida del bungalow, con el recibidor a oscuras.

* * *

DOS...

Souci Clairmont tenía un ojo de cristal; recuerdos un poco viejos ya, pero cada noche, al desprenderse del globo sintético, no podía evitar que reviviera tal recuerdo. Souci Clairmont no se sentía descontento de su suerte, después de todo. Perder un ojo le supuso obtener otras muchas cosas. Cosas inimaginables para él, que sólo era un mulato.

Acababa de quitárselo, para dormir, y estaba en pijama, cuando sonó la llamada telefónica. En su propio dormitorio, sobre la mesa de noche, tenía instalado el aparato modelo "góndola", de color malva. Lo tomó, con mano oscura, pero bien cuidada, uñas incluso con manicura. Sí, el mulato Souci Clairmont había hecho un pacto con la suerte al perder el ojo...

—Clairmont —dijo.

—Monsieur Clairmont, soy Jules, el vigilante nocturno del Museo. Perdone que le moleste, pero ha ocurrido algo... —le hablaba en créole, el lenguaje criollo de Haití.

—¿Y me llamas a mí? —inquirió, con cierta sorpresa, Souci Clairmont.

—He intentado comunicar con monsieur Marot, pero no responde a mis llamadas. Siento, molestarle, pero... La momia ha desaparecido... ¡No está!

Souci Clairmont achicó su único ojo.

—Veamos, veamos, Jules... ¿Tratas de decirme que la momia que llegó anoche, para nuestro Museo, ha desaparecido? Ha salido del sarcófago, y se ha largado tranquilamente a dar un paseo... ¿Es eso?

—Se ha ido con el sarcófago, monsieur Clairmont. ¡De veras! No entiendo cómo ha podido ocurrir, pero es un hecho.

Souci Clairmont, de pronto, esbozó una sonrisa torcida. Pensaba en la momia. Se felicitó a sí mismo; era evidente que no había perdido su sexto sentido.

— ¿Está ahí, monsieur Clairmont? —oyó.

—Sí... Sí, Jules. Dices que monsieur Marot no responde al teléfono... Bien, aunque es extraño, puede estar en el Casino. Me ocuparé de ese asunto.

—Gracias, monsieur. Si cree que debe darme instrucciones...

—No te preocupes. Sigue en tu puesto.

Clairmont colgó el aparato, y tras reflexionar unos instantes, alargó su oscura y bien cuidada mano derecha, tomando el ojo artificial, que se colocó en el hueco correspondiente. Luego, siempre con expresión de estar muy ocupado con sus pensamientos, se despojó del claro pijama de pantalón corto, para empezar a vestirse. Aunque frisaba ya los cincuenta años, conservaba una figura enjuta, y sabía vestir con elegancia.

Por lo pronto, tomaría su auto, un “Mustang” amarillo, con la capota negra, bajo, chato, impresionante.

Clairmont salió del garaje de su pequeña quinta, en el centro de Pétionville, ya metido en el auto. Rodó despacio hasta que el camino de losas le dejó en la avenida. Había ya pensado lo que tenía que hacer en primer lugar, y se dirigió hacia la izquierda, con lo cual dejaba el núcleo de Port-au-Prince. Pronto tomó un camino, un desvío de tierra, intrincado, que conducía a los extensos arrabales de cabañas, de la ciudad.

Iba a confirmar su primera impresión con respecto a la momia; luego, trataría de ampliar detalles sobre la desaparición de la misma.

Sacudió la cabeza. Era absurdo, pero le estaba entrando un extraño sueño, más intenso por momentos, invencible...

Se sentía paralizado, incapacitado, por aquel sueño que le atacaba de un modo feroz, a traición... Sus movimientos carecían ya de fuerza, de precisión. Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo. Ni siquiera una fugaz lucidez acudía en ayuda de Clairmont. Cada vez se sentía más pesado...

Hasta que, sin poder evitarlo, su rostro negro cayó hacia adelante, y parte del pecho quedó apoyado en el volante del auto.

El “Mustang” se dirigió en línea recta hacia el barranco. Las luces del vehículo alumbraban el oscuro vacío; a lo lejos, como perdidas, se veían las luces de las cabañas, mortecinas, con alineación muy irregular, en contraste con el alumbrado del centro de Port-au-Prince.

Segundos más tarde, el coche abandonaba el camino.

Se perdió en el vacío, en la oscuridad.

Al instante, empezaron a oírse golpes; el “Mustang" daba vueltas sobre sí mismo, chocando, descendiendo…

Hasta que todo cesó.

Aún no había transcurrido medio minuto, cuando de un auto que se había detenido en un llano del camino, descendió una silueta vestida de negro, que, con pasos largos, pero no por ello exentos de gracia femenina, se dirigió hacia el barranco.

Paula Edgars quería cerciorarse de que las cosas habían salido bien; un exceso de confianza podía ser fatal para ella. Había que realizar comprobaciones. La primera, fue la de que el auto no había explotado, lo cual complicaba un poco las cosas. Paula había esperado incendio y explosión, pero no había ocurrido, así que tenía que descender por el barranco, hacia el lugar donde estaba el auto, entre piedras, despanzurrado, arrugado.

Le costó bastante esfuerzo llegar a lo hondo del barranco, casi sin luz, ya que la luna apenas se perfilaba por la alta pared roquiza. Al llegar junto al vehículo, Paula dejó vagar la mirada, hasta que descubrió a Souci Clairmont, que había salido despedido en el último momento, y estaba estrellado, con la cabeza rota, entre unas rocas, a dos pasos del arrugado “Mustang”.

Paula se acercó a Souci, y un brevísimo examen le bastó para comprobar que el mulato estaba muerto. Entonces, miró hacia el auto, y se dirigió hacia él. Era un poco difícil penetrar en el vehículo, pero Paula, contorsionándose, logró meterse por la portezuela delantera izquierda, la del conductor, que estaba abierta. Tuvo que utilizar una pequeña linterna, para alumbrar el pedal acelerador del coche.

Bien, se trataba sólo de desprender el hilo de nylon con el que había asegurado la ampolla de gas letal, al pedal. Había sido una operación rápida y segura. No podía fallar. Al apretar el acelerador. La ampollita se había roto, y el gas empezó a expandirse..., hasta que alcanzó a Souci Clairmont.

Recuperó aquellos restos, que habrían desmentido la teoría que se trataba de un accidente, cuando fuera examinado el auto.

* * *

...Y LOS ASESINOS

El hombre apoltronado en la butaca junto a la piscina, bajo uno de los focos, parecía tener ciertas inquietudes intelectuales. Leía despacio su libro, y reflexionaba casi cada párrafo, buscando el auténtico sentido de la lectura, y tratando de formarse opiniones propias sobre el tema, que le interesaba realmente: Los secretos de la Atlántida, de Andrew Thomas.

Se llamaba Charles Borromée Muthesius, y a sus cuarenta años, atlético el cuerpo, lleno de inquietudes el cerebro, se consideraba a sí mismo un hombre que sabía lo que quería.

En la redonda mesita que tenía delante había un largo vaso de zumo de frutas, y un poco de mosto dulzón; con mucho hielo, claro. La boquilla descansaba en el cenicero; boquilla de marfil y piedras preciosas Estaba ataviado con un sarong color violeta, muy fresco, y procuraba llevar continuamente un flequillo rubio, con suave onda, sobre la frente.

Su afectación saltaba a la vista, pero no había que llamarse a engaño. Por ejemplo: se acercaba aquella mujer, con un teléfono en la mano. Una mujer de larguísimo cabello rubio, muy liso. Tendría unos veinticinco años, y resaltaba claramente que bajo el sarong azul cielo no había ninguna otra prenda.

Ella llegó frente a Charles Borromée Muthesius, y se sentó en sus rodillas.

El teléfono quedó entre ambos, mientras Muthesius, abandonando sus cavilaciones sobre la mítica Atlántida, hundía su boca en la de aquella divina mujer, que quedó atrapada entre los brazos del hombre.

Ella musitó:

—Es importante, Charlotin...

Muthesius alzó los ojos.

Ella, Desirée, era de las poquísimas personas en el mundo que podían llamarle por el ridículo diminutivo de Charlotin... Y la única mujer que se atrevería a cortar las expansiones lujuriosas de Muthesius. Este acabó por cubrir otra vez los senos de Desirée, bajarle el sarong, y tomar el aparato, sin que Desirée se moviera de sus rodillas.

— ¿Sí? —inquirió Muthesius.

—Soy yo, Muthesius —sonó una voz de mujer.

— ¡Oh, chérie...! Esperaba antes su llamada.

—Tenía que resolver ciertos problemas, ya se lo dije.

—Sí, sí, lo recuerdo.

—A mi vez, una pregunta, Muthesius: ¿Ha habido éxito?

—Un éxito rotundo, chérie: la momia está en mi poder.

— ¿Sin dificultades?

—Prácticamente, ninguna.

—Está bien, lo celebro. Se trata, ahora, de aligerar la operación, como convenimos.

—Estoy de acuerdo —dijo, con cierta frialdad, Muthesius—. No obstante, maticemos: rapidez en la operación, sí. Pero rapidez no significa ligereza, chérie. Por lo pronto, todo se está desarrollando según habíamos previsto. Cada paso nos conduce a la realización de este importante affaire. No queramos volar, Paula: con caminar es suficiente.

—¿Y no podríamos correr, Muthesius?

—Sólo andar. Créame, Paula: comprendo su problema, pero no deseo agravarlo con precipitaciones, cuyas consecuencias podrían alcanzarme a mí también. Sugiero que usted permanezca oculta, o, por lo menos, sea lo suficientemente discreta, en tanto yo laboro por los dos.

—Muthesius, me da la impresión de que a usted no le importaba dilatar el final del affaire, pero insisto: para mí es muy urgente.

—No dude de mí, chérie. ¿Por alguna razón ha disminuido su confianza en mí?

—No. Sólo estoy un poco nerviosa. Pero me calmaré, puesto que todo marcha. Es todo, por ahora. Ya tendrá nuevas noticias mías.

Fue todo. Muthesius dejó el aparato sobre el soporte. Reflexionaba; parecía ignorar en aquellos momentos que sobre sus rodillas tenía un maravilloso cuerpo de mujer.

CAPITULO PRIMERO

El hermoso yate, blanquísimo, estaba bordeando el Cabo Beata, aún en aguas de la República Dominicana, cuando apareció el helicóptero en el cielo, acercándose a buena velocidad

El yate, llamado Snow, cuya tripulación constaba de tres hombres, navegaba también a buena velocidad, pero en cuanto apareció el helicóptero, sus motores, evidentemente, fueron parados.

Y así, poco después, el helicóptero, tras aparecer en su tren de aterrizaje unos grandes flotadores que se hincharon, estaba junto al yate Snow, del cual fue fletada una pequeña lancha que se acercaba al aparato. De éste saltó a la lancha un hombre, que inmediatamente fue llevado al yate. Allí, en la cubierta, ante la portilla de entrada, un hombre esperaba al visitante.

—Buenos días —saludó éste—. Supongo que el señor Bolt me está esperando.

—En efecto, señor —asintió el del yate—. Tenga la bondad de seguirme.

Instantes más tarde, el hombre del helicóptero descendía al saloncito del yate, donde fue recibido por el propietario de éste.

Wade Bolt era un perfecto atleta de poco más de treinta años. Cabellos castaños, ojos grises, mentón puntiagudo... Era un rostro de rasgos bellos y firmes..., pero que podía aparentar la más completa estupidez si Wade Bolt se lo proponía.

—Bien venido, señor. ¿Ha tenido buen viaje?

—Sí, gracias. ¿Todo está bien en su pequeño viaje, Wade?

—Sí, señor, sí. Yo nunca tengo problemas. Quizá porque no los busco.

El recién llegado estaba inclinado hacia adelante en el gesto de sentarse en una de las butacas del salón del yate; se quedó mirando a Wade Bolt un par de segundos. Luego, acabó de sentarse, y tras aceptar el cigarrillo que le ofrecía su anfitrión, movió la cabeza en un gesto de duda.

—Pues me parece que esta vez sí se ha buscado un problema. O quizá estaría mejor decir que nos lo ha buscado a nosotros.

— ¿Qué quiere decir, señor? —frunció el ceño Bolt, sentándose en el diván corrido bajo el ventanal que daba a cubierta.

—Quiero decir que mi viaje para contactar con usted, tiene unos motivos

básicamente desagradables. Por lo menos, son desagradables para mí, que no me gusta discutir con uno de mis mejores hombres.

—Muy agradecido, señor —dijo Wade Bolt.

—No adopte conmigo esa actitud de tonto, Wade —refunfuñó el otro—. Sé perfectamente que es usted un hombre inteligentísimo y bien preparado para todo. Incluso para emplear cualquier clase de armas. Por lo tanto, me pregunto: ¿por qué no quiere utilizarlas?

—Me desagradan, eso es todo.

—No —movió la cabeza el otro—. Yo creo que no es todo. Si eso fuese todo, usted no andaría por ahí, incordiando a los demás agentes de la CIA, intentando convencerles para que dejen de utilizar armas incluso en las misiones de alto peligro previsto. Comprenda usted que un espía de acción no puede ir por ahí desarmado.

— ¿Por qué no?

—Pues porque no —exclamó el otro—. Eso sería posible si lo hiciesen todos los espías del mundo. Pero la CIA, no está dispuesta a dar el primer paso.

—Yo diría, señor, que sería un gran triunfo moral, una gran demostración de espíritu, y sobre todo, la CIA demostraría que estaba dispuesta a enfocar sus futuras actuaciones de un modo puramente técnico, no bélico.

—Muy bonito —sonrió el visitante—. Pero en lo que a mí respecta, no tendría valor para enviar a uno de mis hombres a una misión peligrosa, sin asegurarme de que iba debidamente armado.

—En lo que a mí respecta, señor, lamento disentir de usted, pero he decidido no utilizar armas nunca más.

—Wade, si usted pretende continuar trabajando para la CIA a su manera, esto es, sin llevar armas que puedan protegerle en un momento determinado, mucho me temo que será dado de baja del servicio.

—Como ustedes quieran —encogió los hombros Wade Bolt sonriendo—, A fin de cuentas, yo no necesito a la CIA para nada; soy millonario desde que nací, y puedo permitirme el lujo de vivir como me dé la gana y donde me dé la gana. En cambio, la CIA perdería conmigo uno de sus mejores hombres..., según ha dicho usted mismo.

— ¡Maldita sea mi estampa! —farfulló el otro—. Pero..., ¿por qué demonios se le ha metido en la cabeza el andar por ahí desarmado?

—Pues, la verdad, es que considero que las armas impiden el auténtico desarrollo del valor y del espíritu del hombre.

—Pero..., ¿de qué demonios está usted hablando?

—Estoy hablando de que nos hemos acostumbrado tanto a depender de una pistola, que me" pregunto qué sería de los mejores agentes de la CIA si en los momentos de peligro, no pudiesen disponer de esa arma. ¿Usted cree que su valor y su capacidad de reacción sería los mismos estando desarmados que contando con su pistola?

—Pues... Hombre, ¿cómo demonios quiere usted que se sienta igual de seguro un hombre desarmado, que ese mismo hombre con una buena pistola en las manos?

—Esa es la cuestión —señaló con un dedo Wade Bolt a su visitante—. Ahí es donde quería ir yo a parar exactamente, señor. Algunos hombres, por no decir todos, no son nada sin una pistola. En definitiva, ellos van perdiendo calidad y auténtico valor para enfrentarse a situaciones difíciles. Yo he aprendido que el hombre puede conseguir mucho más valor y entereza de espíritu del que puede proporcionarle un arma en el bolsillo. Un arma que, efectivamente, puede sacarle inmediatamente y con gran facilidad de una situación difícil..., pero que va contribuyendo día a día a que su espíritu, su verdadera valía, su auténtica confianza en sí mismo para su progreso como ser humano, se vaya deteriorando rápidamente.

—En definitiva, usted no quiere tener que matar nunca más a nadie.

—No se trata de eso —movió la cabeza Wade Bolt—. Puedo matar perfectamente a una persona si se lo merece, o si mi vida depende de ello. Y me quedaré tan tranquilo. Hay seres humanos que solamente merecen que alguien les parta el cuello o les hunda el cráneo de un buen golpe. Pero eso puede hacerlo un hombre por sus propios medios, no por el procedimiento cómodo y poco provechoso para la armonía de su desarrollo mental y de la confianza en sí mismo, que el simple hecho de tirar de un gatillo.

—En definitiva —masculló el visitante—: Usted no tiene inconveniente en seguir en la CIA, pero se rehúsa a llevar armas encima.

—Exactamente. Me rehúso a llevar armas y a todo aquello que me proporcione una seguridad o un concepto falso de mí mismo, de mis posibilidades, de mi valor, de mi auténtica capacidad de salir de cualquier apuro.

—Está bien —sonrió el otro, echando el humo hacia el techo—. Supongo que recuerda usted a Souci.

—Si se refiere usted a Souci Clairmont, no podría olvidarlo. Me salvó la vida hace tiempo, y yo soy agradecido en todos los sentidos.

—Ha muerto.

— ¿Souci Clairmont ha muerto? —se ensombreció el rostro de Wade Bolt —. ¿Cómo ha sido eso?

—Un accidente de coche.

— ¿Seguro que fue un accidente? —entornó los párpados Bolt.

—Según todos los indicios, sí. Pero si le he citado a usted en este lugar, tan cerca de Port-au-Prince, no ha sido por capricho, Wade. Me gustaría que fuese usted a Port-au-Prince, a Haití, a ver si consigue averiguar algo más.

— ¿Averiguar? ¿Sobre qué, señor? Si la muerte de Souci ha sido un accidente, no creo que haya nada más para averiguar.

—Sí, sí, ya lo sé. Pero la última información que nos llegó precedente de Souci Clairmont por medio de nuestra agente Paup-02, hacía mención al interés desusado que había observado nuestro colaborador Clairmont en torno a una momia que había sido obsequiada al museo arqueológico de Port-au-Prince. Y nos ha llamado la atención que, coincidiendo con el accidente de Souci Clairmont, la momia haya desaparecido.

Wade Bolt quedó silencioso; durante casi un minuto permaneció pensativo, inmóvil. ¿De modo que el buen amigo Souci había llegado, por fin, al final de su camino de espía? Bien, así son las cosas.

De pronto, Wade miró a su jefe.

—Me encargaré con muchísimo gusto de este asunto, señor.

— ¿De cuál asunto? ¿El robo de la momia o el accidente de Souci?

—Investigaré los dos, naturalmente —se sorprendió Bolt—, puesto que parecen estar relacionados; y si no lo están, le enviaré un informe verídico sobre cada uno de ellos, por separado.

—De acuerdo. ¿Piensa afrontar este trabajo utilizando sus teorías de ir desarmado, Wade?

Wade Bolt quedó de nuevo pensativo, pero esta vez sólo por unos segundos. Finalmente, sonrió.

—Hace unos años, en el Japón, conocí a un hombre que me estuvo hablando de estas cosas y enseñándome otras que me han sido

verdaderamente útiles. Entonces, yo era quizá demasiado joven para entender lo que ese hombre quiso decirme, pero, han ido pasando los años, he pasado por situaciones difíciles, he utilizado armas..., y finalmente, he llegado a la conclusión de que aquel hombre tenía razón. Las armas, en definitiva, no son más que una muestra de inseguridad en uno mismo, y a veces, incluso, de no poca cobardía por parte de quien las utiliza.

—Personalmente, le deseo suerte —movió la cabeza el visitante—, Y transmitiré su teoría, ya mucho más completa y comprensible, a la Central de Langley. Mientras tanto, considere usted lo absurdo que sería morir por no haber querido llevar una simple pistola.

—Más absurdo me parece vivir engañándome a mí mismo respecto a mis verdaderos valores.

—De acuerdo —suspiró el otro, poniéndose en pie—. Por otra parte, puesto que ya le conocemos hace tiempo, tengo la seguridad de que nos dará una explicación satisfactoria sobre la desaparición de la momia y la muerte de Souci Clairmont, tanto si son asuntos separados, como si forman un solo bloque. Le deseo mucha suerte, Wade.

—Gracias, señor. Y yo espero darles a ustedes una lección de supervivencia.

— ¿Lección de supervivencia? —alzó las cejas el otro, como divertido—. Bueno, la expresión me gusta. Espero que pueda usted mantener su postura y su palabra si llega a encontrarse en una situación verdaderamente difícil.

—El hombre que no cumple la palabra dada a sí mismo, es un necio.

—Está bien, está bien. ¡Ah, otra cosa! Ignoro si hay por el momento, más datos relacionados especialmente con la muerte aparentemente accidental de Souci Clairmont Si hay más datos dignos de ser mencionados, habrán sido recogidos en Port-au-Prince por nuestra agente que responde al nombre clave de Paup-02.

—Entiendo. Paup es el arreglo de Port-au-Prince, y el 02 supongo que es su categoría, en importancia, dentro de esa ciudad. ¿Puedo saber el verdadero nombre de esa agente?

El visitante vaciló visiblemente, con lo que Wade Bolt lo miró no poco sorprendido. De momento, pensó que su jefe vacilaba respecto a proporcionarle el nombre de uno de los agentes de la CIA, como si temiesen que él, Wade Bolt, pudiese cometer cualquier indiscreción.

Pero cuando el otro habló, dirigiéndose a la salida del saloncito, comprendió perfectamente su vacilación.

—El agente en cuestión ya lo conoce usted, Wade. Estuvo, hace tiempo, residiendo en Louisiana... Su nombre es Altagrace Dupré.

Wade Bolt palideció intensamente.

CAPITULO II

Wade Bolt se detuvo ante la puerta de aquel apartamento, y alzó la mano hacia el timbre. Se detuvo en este gesto, y quedó inmóvil. Bien, así de difíciles se le presentaban las cosas a veces a un espía. Pero últimamente, después de haber estado años reflexionando sobre lo que su Maestro le había dicho tanto tiempo atrás, Wade Bolt, efectivamente, había llegado a la conclusión de que el desarrollo armónico del espíritu de un hombre tiene que ser afrontado por éste con todas sus consecuencias, y poner por parte de su inteligencia, incluso por parte de sus sentimientos, todo cuanto sea posible.

Altagrace Dupré era hermana de Raymond Dupré, un agente de la CIA, procedente de Nueva Orleans, que un año atrás había caído con dos balazos en el pecho en los muelles de Nueva Orleans, cuando estaba realizando un trabajo de contraespionaje, teniendo por pareja a Wade Bolt. Sobre su cadáver, cuando fue hallado, no se encontró arma alguna, así que fue fácil determinar que el agente Raymond Dupré había caído en una celada o había sido víctima de un atentado sin haber podido defenderse. ¿Dónde había estado mientras tanto el agente Wade Bolt y qué había estado haciendo?

Una investigación interior, en la CIA tuvo como consecuencia el dictamen de que Wade Bolt había actuado con valor y honestidad, en todo momento, y que no había tenido culpa alguna del asesinato de su compañero Raymond Dupré. Sin embargo, la hermana de éste, Altagrace Dupré, no lo había considerado así y a partir de ese momento Wade Bolt arrastraba una profunda herida de la que en vano trataba de olvidarse. Y todo ello, porque al relacionarse en aquella misión con Raymond Dupré había conocido a Altagrace y se había enamorado de ésta; un amor que inicialmente parecía ser correspondido, pero que se convirtió en frialdad y desprecio cuando la bella muchacha supo lo ocurrido con su hermano. De nada sirvieron las explicaciones que un representante de la CIA fue a facilitarle respecto a lo sucedido. No quiso volver a ver jamás a Wade Bolt.

Este, por fin, apretó el timbre, y quedó inmóvil, esperando. ¿Cómo estaría ahora Altagrace Dupré? Porel tiempo transcurrido, es decir, aproximadamente un año, Altagrace poco podía haber cambiado. Seguramente, sería tan hermosa como cuando él la había conocido. O quizá más.

La puerta se abrió, y Altagrace Dupré quedó ante los ojos de Wade Bolt.

No. No había cambiado en absoluto. Alta, esbelta, de cuerpo fino y formas bien definidas, sugestivas, Altagrace Dupré continuaba siendo bellísima y dotada de aquel aire, de aquel gesto elegante y distinguido que tanto había impresionado a Wade Bolt, un año atrás. En cuanto a su rostro, todavía era más bello si cabe, en efecto. Cabellos y ojos negrísimos, boca sonrosada y

llena, barbilla voluntariosa...

Sólo que el gesto dulce de Altagrace Dupré se esfumó, bruscamente, en cuanto la muchacha vio ante ella a Wade Bolt.

—Buenas tardes, Altagrace —murmuró Wade—, ¿Cómo estás?

—Pase, señor Bolt. Estoy muy bien, gracias.

Wade se mordió un instante les labios, y entró en el apartamento, volviéndose hacia la muchacha, quien cerró la puerta y señaló hacia el fondo. Llegaron los dos al saloncito, y ella señaló uno de los sillones.

Durante unos segundos, los dos permanecieron silenciosos. Por fin, Wade intentó sonreír, consiguiendo apenas una mueca.

—Estás muy hermosa —murmuró.

—Según entiendo, señor Bolt —dijo fríamente la muchacha—, ha sido usted el encargado de atender el asunto de la muerte de Souci Clairmont.

—Así es. Y, eventualmente, ver si guarda relación con la desaparición de esa momia del Museo Arqueológico de Port-au-Prince. ¿Es necesario que me trates con tanta frialdad? Ha pasado un año, Altagrace, y bien sabes que lo que ocurrió entonces...

—Vamos a hablar de nuestro trabajo, señor Bolt. Respecto a Souci Clairmont, pese a mis investigaciones, no he conseguido nada nuevo. Salvo que usted, con su gran eficacia, encuentre datos que prueben otra cosa, podríamos asegurar que fue un simple accidente.

—Altagrace, quisiera...

—Respecto al asunto del robo de la momia, parece tener más interés que un accidente automovilístico. La momia en cuestión, llegó en un buque que zarpó, tras descargarla. Aparentemente, esto era un suceso vulgar, pero sé muy bien que Souci Clairmont estaba interesado en algo relacionado con esa momia. Lamentablemente, no sé si por temor a que yo lo considerase tonto, o porque quería asegurarse bien, antes de que hablásemos en serio del asunto, antes de sincerarse conmigo, padeció el accidente que le costó la vida. Sin embargo, quizá usted pueda obtener interesantes conclusiones sobre el hecho de que, aparte de la desaparición de la momia y el accidente de Souci Clairmont, se cometió un asesinato relacionado, sin duda alguna, con la momia y el museo, a mi juicio. Monsieur Henry Marot, conservador del Museo Arqueológico de Port-au-Prince, apareció asesinado en su casa, y tras la oportuna labor del forense se estableció que la muerte ocurrió la misma noche en que desapareció la momia..., y precisamente la misma noche en que

Souci sufrió el accidente.

Wade Bolt asintió con un gesto.

— ¿Qué más?

Altagrace tomó un sobre que había sobre la mesita de centro, y lo tendió a Wade Bolt. Este sacó de su interior unas cuantas fotografías. Todas ellas pertenecían al mismo hombre. Un sujeto de torso enorme y piernas más bien cortas, de cabeza rapada y rasgos mongoloides. Las fotografías habían sido tomadas, evidentemente, en el aeropuerto. El hombre llevaba la chaqueta doblada en el brazo izquierdo, y una pequeña maleta en la derecha. Detrás de él se veía parte del avión y otras personas.

Wade Bolt miró a Altagrace Dupré.

— ¿Y bien?

—Llegó esta mañana, en avión, como puede usted observar por las fotografías, señor Bolt.

Este las pasó rápidamente. Todas eran del mismo hombre en tomas más o menos cercanas, e incluso había dos de ellas en primeros planos que mostraban el rostro de facciones pétreas, ojos pequeños y vivos y una expresión entre sarcástica y cruel, en la boca del impresionante sujeto.

—Para molestaros en haberle tomado fotografías, debéis tener alguna referencia de él, ¿no es así?

—En efecto. Sabemos ya algunas cosas de ese hombre, y esperamos saber más en lo sucesivo. Puedo adelantarle que se llama Munro Consenzi y que es albanés de nacimiento. Hace cuatro meses estuvo en Port-au-Prince, y tuvo unos contactos significativos.

— ¿A qué llamas tú contactos significativos? —inquirió Wade—. ¿Con quién tuvo contacto?

—Con monsieur Henry Marot.

—Ya. O sea, el conservador del Museo Arqueológico del cual ha desaparecido una momia..., coincidiendo con el asesinato del propio Marot.

—En efecto. Exactamente, señor Bolt.

—Bien... Tal como me presentas las cosas, parece ser que el albanés Munro Consenzi puede saber algo respecto a lo ocurrido.

—Eso es lo que hemos pensado los que estamos trabajando en Fort-au-

Prince. Por otra parte, Munro Consenzi podría pertenecer a una asociación filantrópica cultural, que donó la momia en su sarcófago al Museo Arqueológico de Port-au-Prince. Claro está que la inclusión de Munro Consenzi en una asociación filantrópico cultural, nos hace a nosotros bastante gracia, por decirlo de algún modo.

—Entiendo. Para vosotros es simplemente un espía. ¿No es así?

—Así es. Cuando recibimos noticias de que usted iba a encargarse del asunto, aceleramos nuestro trabajo a fin de ofrecerle datos que permitan desenvolverse lo mejor posible a tan importante representante de la CIA.

—Vamos, Altagrace —refunfuñó Wade—. Ya está bien. No tienes por qué tratarme de este modo.

—Estoy hablando con uno de los más importantes y valientes hombres de la CIA, señor Bolt. Y además, un agente de los más calificados, por lo que comprendo perfectamente que sus auxiliares debemos funcionar rápidamente y a la perfección. Así pues, considerando todo esto, mis modestos colaboradores y yo, hemos trabajado, espero, a satisfacción de usted.

—Está bien. ¿Qué más habéis hecho?

—Pues, aprovechando un paseo de Munro Consenzi, registramos la suite que éste ha ocupado en el hotel Virgen Santísima, que está en el puerto. Su habitación es la veintidós. El registro, de todos modos, no ha servido de nada. Lo único que sabemos en concreto hasta ahora, es que el albanés está armado. Naturalmente, siempre lleva el arma consigo.

— ¿Le habéis seguido?

—Somos pocos y no precisamente geniales, señor Bolt. Nos pareció por el momento más oportuno efectuar el registro de su habitación. Y naturalmente, aprovechamos para colocar un control, muy próximo a ese hombre. Es decir, que le hemos colocado un micrófono en su habitación.

—Está bien. ¿Quién se encarga de recibir las emisiones de ese micrófono?

—Decídalo usted. El receptor está dentro de esta muñeca.

Altagrace tomó una horrenda muñeca negra que estaba también sobre la mesita de centro.

—Yo me encargaré de esto —dijo Bolt, tomando la muñeca.

— ¿Por qué? ¿No confía en nosotros, señor Bolt?

—Estás exagerando la nota de tu animosidad hacia mí —dijo Wade—. Me

encargaré de esto por la sencilla razón de que no pretendo implicaros, a los residentes en Port-au-Prince, en este asunto.

—Lo que usted ordene, señor Bolt.

Tras dejar las fotografías, que ya no necesitaba, sobre la mesita, Wade estuvo unos segundos mirando atentamente la fea muñeca, obsequio de Altagrace Dupré.

De pronto, Bolt alzó la cabeza y miró fijamente a la muchacha.

—He podido comprobar perfectamente que todavía me guardas rencor, Altagrace —murmuró—. ¿Puedo decirte que tu actitud es injusta?

—El tema de conversación que usted pretende tocar, señor Bolt, ya quedó agotado. Prefiero que la entrevista termine ahora..., salvo que tenga algo más que ordenarme.

—Altagrace..., ¿sabes por qué murió tu hermano?

—Claro que lo sé —lo miró ella vivamente—. Mi hermano murió, porque estaba solo y fue atacado a traición.

—Tu hermano, el buen Raymond, estaba solo porque así lo requería nuestro trabajo. El hecho de que no llevase arma alguna, puede implicar que se la habían quitado con anterioridad, que él trató de huir, y entonces lo alcanzaron. Pero en fin, todas estas explicaciones o puras teorías fueron ya estudiadas a su debido tiempo. Lo que yo trato de decirte ahora es que quizá él no estaría muerto si hubiese aprendido desde el primer momento a no necesitar armas.

— ¿Qué quiere usted decir? —frunció el ceño, la bellísima Altagrace.

—Como supongo que recibes frecuentes comunicaciones del hombre que nos ha puesto en contacto, en esta ocasión, pregúntaselo a él, y te hablará de la lección de supervivencia que pienso dar a la CIA. Si tu hermano hubiese aprendido a desenvolverse sin armas, quizá, llegado aquel momento de apuro, habría sabido desenvolverse de otro modo, y en estos momentos estaría vivo. Y no creas que le estoy culpando a él absolutamente de nada; al contrario, a quien culpo es al sistema que ha dado lugar a esta clase de entrenamiento para nosotros. En lo que a mí respecta, he decidido prescindir de las armas para siempre.

— ¿Por qué? —se sorprendió realmente Altagrace.

Wade Bolt se puso en pie, y Altagrace leimitó instintivamente. Él se acercó a ella, dejó la muñeca sobre la mesita, y deslizó sus brazos por la cintura de la

muchacha, que palideció intensamente.

—La única cosa que queda por decir en esta entrevista —susurró Wade Bolt—, es que sigo amándote. Estás más hermosa que nunca, Altagrace..., pero no es por eso que te amo. Simplemente, desde hace un año estás en mi corazón en todo momento.

—Eso es mentira —temblaron los labios de la muchacha—. ¡Mentira!

—Es verdad.

—No puedo creerlo. Sé muy bien que el señor Wade Bolt lleva su acostumbrada vida de alegre millonario viajando con su yate de un lado para otro y divirtiéndose todo lo que puede. Naturalmente, lo que más sorprendería del señor Bolt es encontrarle en alguna ocasión, sin estar rodeado de bellas muchachas.

—Esta es una ocasión. Ve al Snow a ver si hay alguna muchacha en él.

—No tiene usted que darme explicaciones, señor Bolt. Simplemente, se trata de que no va usted a convencerme en absoluto de que tiene unos sentimientos dignos de consideración, por mi parte.

Wade Bolt soltó la cintura de la muchacha, y tomó el bello rostro entre sus manos. Luego, lentamente se inclinó hacia ella, y la besó suavemente en los labios.

—Te amo, Altagrace —susurró.

La soltó, agarró la horrenda muñeca negra que había la mesita, y se dirigió hacia la salida del apartamento.

* * *

Elmer Warren, capitán del yate Snow y colaborador del propietario de 'éste, Wade Bolt, asintió finalmente con la cabeza, y se quedó mirando con divertida sonrisilla la fea muñeca negra que estaba en sus manos.

—De acuerdo —asintió—. Me ocuparé adecuadamente de que todo lo que ocurra en esa habitación quede grabado, Wade. Lo prepararé todo enseguida.

—Gracias —murmuró Bolt—, Estad, también, atentos a la radio por si llegase algún mensaje de nuestros colaboradores en Port-au-Prince.

—No te preocupes, la parte técnica del asunto sabes que será atendida debidamente por mi —Elmer Warren se quedó mirando fijamente a su jefe y amigo—. Naturalmente, has visto a la señorita Dupré.

—Sí. Todo sigue igual —murmuró Bolt—. Bien, mientras tú te encargas de la parte técnica del asunto, controlando a Munro Consenzi, yo voy a salir.

— ¿Vas a encargarte personalmente de él? Quiero decir: ¿te vas a cuidar de seguirlo a ver lo que hace?

—Por el momento, no. Vamos a concederle un margen de tiempo para que se confíe y actúe con naturalidad. Seguir a un espía recién llegado a un lugar puede ser, y de hecho es casi siempre, una gran pérdida de tiempo. Por el momento, vamos a dejar a Munro Consenzi, y aprovechando el margen voy a echar un vistazo a la casa de Souci Clairmont.

— ¿Te parece prudente? —exclamó Elmer Warren.

— ¿Por qué no? A fin de cuentas, para todo el mundo..., y, por el momento, también para nosotros, el señor Clairmont falleció simplemente víctima de un accidente automovilístico. Está ya enterrado, todos los trámites han sido realizados, y su casa debe de permanecer cerrada a la espera de algún posible familiar, o en su caso, de lo que decidan las autoridades de la ciudad. Una pequeña incursión en la casa de Souci Clairmont quizá pueda ayudarnos bastante.

—Está bien. Ten cuidado, Wade.

—Sí, lo tendré. Pero... no quiero hablar más de esto, Elmer. Voy a echar ese vistazo a la casa de Souci Clairmont. Hasta luego.

En el coche que había alquilado, Wade Bolt se dirigió a la pequeña quinta de Souci Clairmont en Pétionville. Cerca de la casa dejó el coche, llegó a ésta a pie, y antes de pensar en forzar la puerta para entrar, buscó una solución mucho más sencilla. La encontró, efectivamente, pues una de las ventanas cedió al ser tocada por él.

Sin ninguna preocupación, puesto que tenía pensada una explicación al respecto si alguien se interesaba por su extraña conducta, Wade Bolt se dedicó durante más de media hora a recorrer la casa, más bien pequeña, por otra parte, en busca de algo que pudiese ayudarle a opinar de modo diferente sobre la muerte, que parecía accidental, de Clairmont.

Pero nada encontró que fuese interesante en ningún sentido. Y así, transcurrida esa media hora, el multimillonario Wade Bolt abandonaba la casa del mulato, por el mismo lugar que había utilizado para entrar en ella.

Se alejó caminando tranquilamente, y estaba ya muy cerca de su coche cuando aparecieron los dos hombres,

que se plantaron delante de él y se quedaron mirándole socarronamente.

Eran dos tipos inquietantes. Uno de ellos, más alto y más joven que el otro, sonreía de un modo casi agresivo, mostrando unos grandes dientes que relucían blanquísimos en la oscuridad de la noche. El otro, con la cara muy chupada, mantenía en todo momento la mano en el bolsillo de su blanca chaqueta. En aquella zona sombría, donde la única luz era la que llegaba de los diseminados faroles del alumbrado público, la cara de aquel hombre daba la impresión de ser el negativo de una fotografía, con el rostro oscuro y el traje blanco.

—A ver si nos equivocamos —dijo, precisamente, el tipo con cara de negativo de fotografía—. ¿Es usted el señor Bolt? ¿Wade Bolt, el millonario?

—No disparen —habló con la voz temblorosa de miedo Wade—... Les daré todo lo que llevo encima.

—Pero... ¿qué dice este tipo? —gruñó el de los dientes blanquísimos.

— ¡Hombre, está bien claro! —rio el otro—: el señor Bolt cree que ha sido atracado. ¿No es así, señor Bolt?

—Sí, sí... Por favor, no me hagan daño, les daré todo el dinero que llevo encima, se lo juro.

—Tranquilícese, señor Bolt. No se trata de un atraco, sino de una invitación.

— ¿Una... invitación?

—Así es. Por aquí cerca había una persona amiga nuestra, que estaba echando un vistazo por la casa del señor Clairmont, y de pronto lo vio llegar a usted y entrar por una ventana. Esa persona, sorprendida, llamó a otra persona, que cuando supo que quien había entrado como un ladrón en la casa del señor Clairmont, era nada menos que Wade Bolt, nos envió a nosotros para invitarlo.

— ¿Invitarme? ¿A qué?

—Tenemos el coche aquí cerca, señor Bolt. Será mejor que venga usted con nosotros.

CAPITULO III

Sonó la voz del negativo de fotografía:

—Hemos llegado. Apéese.

Bolt parecía resistirse. Miraba al hombre, que abría con toda corrección la portezuela del auto; un criado ataviado con pantalón blanco, irreprochable, y una corta chaquetilla roja. El hombre dijo:

—Por favor, míster Bolt... Monsieur Muthesius le está esperando.

— ¡No sé quién es! ¡Quieren matarme...!

—Le ruego que se calme, míster Bolt —dijo el criado—, Monsieur Muthesius no tiene la menor intención de hacerle daño.

El criado parecía un poco confuso; no sabía cómo resolver aquella situación, pero alguien acudió en su ayuda. Era el propio Muthesius, que aquella noche lucía un traje color rosa, perfecto; una camisa a listas, y una corbata de enorme nudo. Muthesius, con una sonrisa tranquilizadora, con su ondulado flequillo, con modales un tanto empalagosos, exagerados.

—Soy Muthesius, señor Bolt. Tengo el honor de invitarle a entrar en mi casa.

Bolt parecía, por fin, dispuesto a salir del auto. Lo hizo, sin dejar de mirar a Muthesius. Este, siempre sonriente, tranquilizando al asustadizo playboy con el gesto, se creyó obligado a excusarse.

—Lamento haber utilizado estos medios para traerle hasta aquí, míster Bolt. Usted está ocupado, actualmente, y pensé que no aceptaría una invitación corriente. Le presento mis excusas.

—Bien... Debo confesar que me he asustado mucho, pero..., no parece que aquí pueda ocurrirme nada malo...

—Por supuesto que no. Sólo quería hablar con usted. Sólo hablar, se lo aseguro.

Estaban ya en el vestíbulo, con una decoración perfecta. Una puerta que daba al vestíbulo estaba abierta y cuando Wade se disponía a realizar algún comenta rio, apareció Desírée, que quedó apoyada en el marco, sonriendo, mirando a Muthesius y a Wade, alternativamente. La boca de Wade quedó abierta, y su mirada fija en Desirée, que aquella noche llevaba puesto un minivestido pegado al cuerpo, de raso, de un rojo rabioso.

—Es Desirée —presentó Muthesius—. Querida, te presento a míster Bolt.

Ella no se acercó; se limitó a inclinar un poco la cabeza, y luego echó a andar hacia el tramo de escaleras que nacía en el vestíbulo, seguida por la mirada de incontenible admiración del playboy.

—Dispense que ella se vaya, señor Bolt, pero los motivos son des —dijo Muthesius, acariciándose el flequillo—, Uno: usted y yo tenemos que hablar en privado. Dos: soy celoso como una bestia, y no me gusta exponer a Desirée a las miradas de todo el mundo. Por favor, pase al despacho.

—Es una mujer muy hermosa, en verdad —murmuró Wade.

—Quizá usted no tiene mucha imaginación, míster Bolt. Desirée no puede definirse con esa palabra... Hermosa... Cuando se refiere a Desirée, esa palabra queda hueca, sin sentido. Desirée es la Atlántida hecha mujer. El mito de la belleza femenina que ha cobrado vida... ¿No se lo parece?

—En efecto. Usted tiene razón... Me anotaré esas frases para soltarlas alguna vez.

—Siéntese, per favor. ¿Qué desea tomar? ¿Whisky?

Wade vaciló un poco.

—Sí, gracias; con hielo.

Muthesius apretó un botón, y el criado de la chaquetilla roja apareció, para escuchar las órdenes. Al instante, llegó la bebida para los dos hombres. Bolt hizo tintinear los cubitos de hielo en el vaso, y acabó por mirar a Muthesius a los ojos, tras haber comprobado que le rodeaba una magnífica biblioteca.

— ¿Se siente interesado por mi biblioteca, señor Bolt? —inquirió el sofisticado tipo del flequillo.

— ¿Quiere una respuesta sincera?

—Naturalmente. Se lo ruego, además.

—Pues... no. No. Los temas de mi predilección son otros.

— ¿Por ejemplo?

Wade iba a responder, pero frunció el ceño de pronto. Parecía cortado. Por fin, murmuró:

—Se formará una opinión muy pobre de mí, monsieur Muthesius. Bebo confesar que en mi casa sólo tengo algunos libracos de chistes algo subidos de

tono, y... manuales sobre juegos de manos. Me gusta asombrar a mis amigos.

—No es tan malo como cree, señor Bolt. Usted, en realidad, dedica su vida a la amistad, a la causa de sus amigos —dijo con sorna mal disimulada, Muthesius—, Me parece maravilloso.

—Bueno, en realidad...

—Escúcheme, míster Bolt: quiero hablar de negocios con usted.

Wade le miró con ojos casi desorbitados.

— ¿De negocios? ¿Conmigo?

—Eso he dicho.

— ¡Oh, no! No, no... ¡Yo qué sé de negocios...!

—Usted no puede ser tan imbécil, señor Bolt.

Wade pestañeó.

—A pesar de lo que ha dicho, está pensando lo contrario —dijo, ceñudo—. Ha sido una invitación muy amable por su parte, monsieur Muthesius, pero me niego rotundamente a hablar de negocios. No se lo tome como cuestión personal, no es eso... Simplemente, de mi vida he desterrado los negocios.

—Pero no los millones.

—Me persiguen, fatalmente.

—En verdad es usted un hombre afortunado. De todos modos, en esta conversación de negocios no voy a poner a prueba su capacidad financiera, su visión de la economía mundial, ni nada por el estilo. Es un negocio fácil.

Wade se puso en pie. Dejó el vaso sobre el soberbio escritorio de Muthesius, e hizo un impertinente gesto con la mano, diciendo:

—Ciao... ¿O no me deja marchar?

—Márchese cuando quiera —dijo Muthesius.

Wade hizo un gesto de asentimiento.

—Ahora mismo —dijo—. Buenas noches, monsieur. Giró, y caminó hacia la puerta decididamente. Había visto en los claros ojos de Muthesius, el ente sofisticado y falsamente afeminado, una mezcla de expresiones; entre furia, ironía, ferocidad... De todos modos, Muthesius cometía un error al querer mostrar a Wade Bolt cuáles eran sus bazas para que no pudiera salir de la

quinta.

Expectante, aun fingiendo lo contrario, Wade atravesó el vestíbulo sin la menor oposición, sin ver a nadie. Salió a la terraza, y salvó con agilidad, silbando, en su papel de tipo inconsciente, incapaz de una idea con sentido, los tres peldaños que dejaban en el sendero. Y apenas hubo puesto los pies en el sendero de losas, con césped entre las juntas, Wade quedó inmóvil, con el vello erizado.

Fue primero un sordo y feroz gruñido. A continuación, varias siluetas aparecieron ante él, acorralándole. Y a los gruñidos del principio, sucedieron unos ladridos espeluznantes, procedentes de tres perros, tres doberman impresionantes, de un peso entre los cincuenta y sesenta kilos.

Tres pares de ojos relucientes, enrojecidos, de fiera.

Uno de los perros parecía dispuesto a iniciar el salto hacia el cuello del playboy, mostrando los afilados dientes.

— ¡Quietos! ¡Atrás! —gritó, entonces Muthesius.

Wade ni siquiera osaba desprender de sus pestañas, unas gotas de sudor que habían aparecido de súbito en las cejas, resbalando. Estaba muy quieto. Muthesius, un poco detrás de él, reía silenciosa, burlonamente, mientras los perros, con gruñidos de frustración, se retiraban.

—Parece que se ha asustado un poco, señor Bolt. Le conviene otro whisky, creo. Pase, por favor. ¿O insiste en salir?

Wade no despegó los labios. Fingió muy bien un nudo en la garganta..., aunque es más propio decir que sólo lo exageraba. Entró de nuevo en la casa, y se dejó caer en el sofá que había ocupado poco antes, como aturdido, no repuesto aún del susto. Muthesius se ocupaba de prepararle otro whisky.

—Son perros asesinos, míster Bolt —dijo, por fin, Muthesius—. Es lo que mejor aprenden los doberman. Pero..., me parece que el tema no acaba de agradarle. ¿Me equivoco?

—Son..., son horribles...

—Pero usted no debe temerles, si razona un poco. Ahora, pienso que es posible que se encuentre algo más predispuesto para hablar de negocios conmigo, señor Bolt.

— ¡No entiendo nada...!

—Verá como sí entiende este asunto. Usted es mundialmente conocido.

Por su dinero, por su vida de Playboy, por sus excentricidades...

— ¡Siempre se exagera!

—Le creo —rio Muthesius—, Pero sí es verdad que gasta algunos millones anuales. ¿Cuántos? ¿Cinco?

—Pues más o menos... No llevo la cuenta.

—Eso es magnífico —murmuró con ojos relucientes, Muthesius—. Entonces, podemos ir al grano. Lo que yo le propongo es lo siguiente: usted va a pagar un rescate, por sí mismo de cinco millones de dólares.

Wade parecía muy sorprendido.

—No comprendo... ¿Por qué he de pagar ese dinero por...?

—Por su vida, señor Bolt. ¿Sabe lo que es un secuestro, supongo? Eso es lo que sucede con usted. Está secuestrado, y yo pido un rescate de cinco millones de dólares. Como ve, el negocio no es tan malo... Su vida vale mucho más, ¿no es así? La cantidad que le pido es modesta, en realidad, pero comprendo que pedir más dinero sería perder el tiempo.

—Pero... ¡Estoy secuestrado! ¡Esto es terrible! Yo... ¡Avisaré a la policía!

—No creo que le sea fácil —sonrió Muthesius amablemente—. De todos modos, si pudiese hablar con la policía, quizá tendría que explicarle qué fue a hacer usted al domicilio de Souci Clairmont. Y ya que hablamos de eso..., ¿por qué no me lo explica a mí?

—Bueno...

—Mire, señor Bolt, nosotros, por motivos privados, estábamos vigilando la casa de Clairmont. Y de pronto, aparece usted. Si usted no hubiese sido usted, no estaría aquí ahora, sino en algún sitio solitario y descampado, contestando, a las buenas o a las malas, a algunas preguntas de mis amigos. Pero ellos me avisaron de que se trataba de usted, sin duda alguna. Al principio, me dio que pensar, no crea, pero de pronto, ¡zas! —Muthesius chascó dos dedos—, tuve una idea magnífica.

— ¿Qué... qué idea?

—Por determinadas circunstancias que no voy a explicarle de ninguna manera, mi situación económica, que no es mala del todo, precisa... una gran inyección de dinero, para dejar las cosas mejor establecidas y orientadas. Y, sobre todo, para proporcionarme una seguridad en caso de que mis planes o aunque sólo fuese parte de ellos, saliesen mal. Y así estaban las cosas cuando

me entero de que el millonario Wade Bolt está fisgando por la casa de Souci Clairmont. Entonces, me dije: muy bien, hago traer aquí al señor Bolt, le pregunto qué hacía allí, por si es algo que me concierne directamente, y de paso, soluciono mi problema económico, ¿comprende ahora?

—No sé... No estoy seguro. ¿Cuáles son sus dificultades?

— ¡Usted no lo quiere entender, señor Bolt! —rio Muthesius—. ¡Es usted quien está en dificultades, ahora, no yo! Pero, ahora, quiero saber qué fue a hacer al domicilio de Souci Clairmont.

—Pues... Bueno, hace tiempo que conozco a Souci, así que pensé visitarle...

—Señor Bolt: ¿verdaderamente no sabe que Clairmont falleció hace unos días en accidente de automóvil?

— ¡Oh! No... No lo sabía... ¡Pobre Souci!

—Sí... ¡Pobre Souci! ¿Por qué eran ustedes amigos? ¿Qué clase de relaciones tenían?

Bien, ahora que él ya ha muerto..., no creo que tenga importancia decirlo. Verá usted... Como le he dicho, Souci y yo éramos amigos hace tiempo..., desde que una vez, en una de mis escalas en Por-au-Prince, él me... proveyó de material didáctico.

— ¿De qué?

— Nosotros llamamos así a algunas chicas... generalmente de color que... Bueno, no sé si usted me entiende, señor Muthesius: uno llega a cansarse de todo.

— ¿A qué se refiere? —frunció el ceño Muthesius.

—Verá... Como le digo, yo no gasto dinero en mujeres, porque tengo gratis las que quiero, y muy hermosas. Pero de cuando en cuando, da gusto variar, ¿no le parece? Así que cuando toco en Port-au-Prince, visito o llame a Souci, y él me provee de algunas chicas... especiales. Negritas o mulatas ardientes, que conocen... cosas divertidas. Y esas muchachas negras y mulatas son puro fuego. Yo las llamo material didáctico, porque siempre aprendo algo. Usted me entiende, ¿verdad ?

—Ahora, sí... En definitiva, usted es un puerco, que lo que no se le daría por grado, lo compra con su dinero.

—No tiene por qué insultarme —farfulló Bolt—: ¡Cada uno se divierte

como puede!

—Ya, ya. Está bien, ¿qué demonios me importa a mí eso, después de todo? Y como suele decirse, en el pecado lleva usted la penitencia: si no hubiese ido en busca de Souci para esas porquerías, yo no habría tenido la buena idea de conseguir dinero en abundancia' por su rescate.

Wade movió la cabeza con gesto de pesadumbre.

— ¡Qué situación! —gimió.

—No es tan mala como cree. ¿Le parece bien escribir, ahora mismo, lo que yo le dicte, y firmar luego? Cuanto antes tenga yo el dinero, antes saldrá de aquí. Debo comunicarle, además, que el suyo sería un secuestro... ameno, agradable, si no pone dificultades en el momento de firmar. ¡Ah!, y, además le daré un obsequio...

—Si yo pudiera aclarar mis ideas... Dice que pagándole cinco millones de dólares me dejará marchar, y me hará un obsequio... ¡Quiero saber qué obsequio es ése!

Muthesius sonrió levemente.

—De acuerdo —dijo—. Se trata de una momia, en su sarcófago. Es una reliquia de no menos de tres mil años de antigüedad. ¿Ha oído hablar de la época faraónica, en el Antiguo Egipto?

— ¡Oh, sí!, las bacanales... ¡Pero una momia! ¿Qué hago yo con una momia? Es una broma, ¡claro...!

— ¿No le gusta el obsequio?

—No quisiera desairarle, pero...

—Créame, míster Bolt: esa momia tiene gran valor cultural. Hasta es probable que alguien, ya en Estados Unidos, quiera comprársela. Por no menos de diez mil dólares, se lo aseguro.

—Eso me sorprendería mucho. Pero entiendo que yo amortizaría diez mil dólares, de los cinco millones.

—Más o menos. De su puño y letra escribirá lo que yo le dicte, y firmará a continuación. ¿De acuerdo?

— ¿Y luego?

—Ya se lo he dicho. Será considerado en esta casa como invitado, con todos los privilegios que ello supone excepto uno: salir a la calle.

Wade soltó un suspiro entrecortado.

—Creo que no puedo hacer otra cosa... —dijo, por fin.

—Maravillosa deducción.

Con sus manos bien cuidadas, Muthesius alargó a Wade una hoja de papel en blanco, y una pluma estilográfica. Bolt tomó ambas cosas, y vaciló, ante el papel, mirando a Muthesius. Este inquirió:

—¿Cuál es la persona de su máxima confianza; la que será más discreta, en bien de usted, en esta operación?

—Miss Forbes, mi secretaria personal.

—Dirija la misiva a ella, entonces. Así: "Querida miss Forbes: Ordene la urgentísima recopilación de fondos en efectivo, por un total de cinco millones de dólares. Una persona le dirá cómo y cuándo debe usted entregarlos. Se trata de mi vida, por lo cual le ruego la máxima discreción. No comente el destino de ese dinero, ni mucho menos que me encuentro secuestrado. Podría costarme la vida. Obedezca en todo, y hasta pronto."

—...y hasta... pronto... Ya está —dijo Wade.

—Firme, ahora.

Wade estampó su firma al pie de la misiva.

Cuando hubo terminado, Muthesius alargó la mano, y tomó la nota, releyéndola, y observando la letra y la firma. Pese a todo, los rasgos no carecían de firmeza. Temió que a Wade le temblase la mano, pero no se notaba nada especial.

—Perfecto. Acaba de realizar un maravilloso negocio.

—Pero no mejor que el suyo. Oiga: ¿no puedo rechazar la momia?

—Me disgustaría profundamente.

—En este caso...

—Además, recuerde: es un objeto susceptible de buena venta. Estoy seguro de que alguien irá a comprársela. ..

CAPITULO IV

Hacía un par de minutos que Muthesius había quedado a solas en su despacho, sonriendo con felicidad ante aquella nota que valía cinco millones de dólares. Wade Bolt había anunciado su deseo de descansar, de reponerse, después de tanto sobresalto.

Sin llamar, utilizando una puerta lateral del despacho, acababa de entrar Paula, que miraba con fijeza a Muthesius, acercándose a él. Se dejó caer en un sofá, y encendió un cigarrillo.

— ¿Has oído, Paula? —la miró, sonriente, Muthesius.

—Sí.

— ¿Te sientes feliz?

—No del todo, aún. Faltan algunos detalles importantes.

—Pero saldrá bien. Creo que hemos tenido suerte: hemos conseguido atrapar al hombre ideal para este asunto.

Paula fumaba en silencio. Había cruzado las piernas, y la falda no podía ocultar ni una ínfima parte de los encantos de la bella mujer morena.

— ¿Hay algo que no te satisface? —murmuró Muthesius.

—Nadie es tan tonto, Muthesius.

—Tal vez. Pero hemos enfocado las cosas de modo que engañaríamos, también, a un hombre medianamente listo. Bolt ni siquiera llega a esta última calificación. Como sea, con su llegada a Haití, Bolt solventa con la rapidez requerida, un problema de tiempo; el importantísimo problema de tiempo. Dentro de cuarenta y ocho horas, en Port-au-Prince no quedará rastro de nosotros.

Paula miró con fijeza a Muthesius, y murmuró:

—En nuestra profesión, el optimismo desmesurado, el exceso de confianza, se paga caro, Muthesius. Nuestra situación no permite alegrías.

—Bien... ¿Quieres sugerir algo, con todo esto?

—Una cosa: no podemos dejar tan libre de movimientos a ese Bolt.

—Es perder el tiempo. Ese hombre...

—Podemos perder cuarenta y ocho horas; por lo menos, yo. No tengo otra

cosa que hacer que tomar precauciones, y asegurarme de que no se producirán sorpresas. Bien..., si no tienes inconveniente, yo misma cuidaré de la vigilancia de Bolt. Puedo simular, con facilidad, que soy la criada que destinas a su servicio personal.

Mathesius esbozó una sonrisa.

—Es un tipo caprichoso, y, sin duda, exigente; podría costarte algún sacrificio, Paula.

Paula también sonrió, entonces.

—Si adivino a lo que te refieres, debo decirte que ése es el aspecto menos desagradable de Bolt.

—Como quieras; es asunto tuyo. Por mi parte, tengo algo que hacer ahora —agitó la nota—. Antes de que parta el último vuelo, mi correo ha de estar en marcha. La nota llegará mañana mismo a la ciudad de Pittsburgh. Son cinco millones de dólares..., de momento. ¿No es maravilloso?

—Sin duda. De ahí que me resista a confiarme.

—Bien... Debo comprenderte. En fin, empieza a ocuparte de Bolt, si lo deseas.

Paula no necesitaba instrucciones para saber lo que debía hacer. Abandonó el despacho, dejando a Muthesius llamando a uno de sus hombres. Ella se dirigió a un cuarto de la planta baja, y una vez allí, en pocos minutos, empezó a transformarse.

Se miró al espejo. Estaba magnífica. Consideró que su aparición no dejaría de impresionar al playboy. Paula partía de la base de que casi nadie es lo que aparenta. Por otra parte, quiérase o no, hay mecanismos en el cerebro humano que están computados. En el caso de Paula, el mecanismo de la desconfianza, del recelo, estaba en pleno funcionamiento.

Salió de la habitación de la planta, cruzó el vestíbulo, y subió al cuarto que le habían destinado a Bolt, al fondo del pasillo del piso. Llamó a la puerta, y entró sin esperar permiso.

Sorprendió a Wade sentado en un sillón, fumando, de cara a la ventana que daba a un lateral de la quinta. Wade se volvió, y casi desorbitó los ojos, al ver a aquella belleza avanzar hacia él, con una sonrisa en verdad sugestiva. Luego, lentamente, se puso en pie. Cuando Paula estuvo a su alcance, alargó la diestra, y la pasó por el cuello y los senos de Paula,

— ¿No va muy deprisa, señor Bolt? —inquirió ella.

—Debe disculparme... Al verla, creí que era una jugarreta de mi pobre cerebro, un espejismo. Si usted supiera las horribles cosas que me están ocurriendo...

—Le aseguro que puede dar por terminadas sus preocupaciones, señor Bolt. A menos que considere que yo pueda ser una preocupación más —volvió a sonreír Paula.

—Como todas las mujeres —suspiró Wade—, Pero hay preocupaciones maravillosas.

—Eso es un halago agradable... ¿Necesita algo? Estoy a su disposición.

—Magnífico... Veo que monsieur Muthesius no ha olvidado su palabra.

Ella le miraba a los ojos. Se preguntaba si realmente la chispa estúpida que había en la mirada de Wade era auténtica.

— ¿Cómo es usted, señor Bolt? —inquirió.

— ¿Yo? Pues... No sé... Cabellos castaños, alto, guapo...

— ¡Oh!, no me refería a eso...

—Pues... no sé definirme de otra manera, lo siento.

Paula aún intentó profundizar en los ojos de Bolt, pero el espectáculo acabó por aburrirla, y lo abandonó.

—No olvide llamarme, si me necesita —murmuró.

—Pero..., si no sé su nombre..., no podré llamarla.

—Paula —sonrió ella, dando la vuelta y dirigiéndose hacia la puerta.

Solamente dio tres pasos.

—Paula —oyó.

Se volvió, haciendo lo posible por conservar la sonrisa.

— ¿Sí, señor Bolt?

—La..., la necesito.

— ¿Ya? ¿Para qué?

—Para que me consuele... ¡Estoy muy asustado, y pienso que... que eso ocurre porque me doy cuenta de que nadie me ama, aquí!

—No se lo tome así... ¡Claro que le amamos! ¿Cómo no vamos a amar al hombre que nos va a proporcionar de modo tan impensado, y al mismo tiempo tan oportuno, cinco millones de dólares?

— ¿Sabe usted eso? —exclamó Wade.

—Les estuve escuchando a usted y a Muthesius.

— ¡Oh...! Entonces, oyó lo del... material didáctico.

—En efecto.

—Supongo que le parezco repugnante.

Paula estuvo unos segundos contemplando en silencio y muy atentamente al millonario. De pronto, sonrió, mostrando sus hermosos dientes blanquísimos.

— ¿Realmente ha aprendido usted cosas... extraordinarias, señor Bolt?

—Pues no sé... Pienso que todo el mundo me engaña, así que quizá lo que yo sé no sea tan extraordinario, después de todo.

—Me gustaría... poder juzgar sobre sus conocimientos.

—Para eso sería necesario que... ¡¿Qué dice?!

—Sí —musitó Paula, acercándose lentamente—. La verdad es que desde que le vi pensé en... Yo me he ofrecido para ser amable con usted, ¿no es así, señor Bolt?

—Por favor, llámeme Wade. Sí, es muy amable; lo admito.

—En ese caso..., ¿no querría ser amable conmigo, como agradecimiento?

— ¿Y qué tendría que hacer?

Paula se quitó el sarong y lo tiró con gracioso vuelo hacia un lado. Wade Bolt se quedó mirándola con los ojos muy abiertos.

— ¡Qué hermosa es usted...! —exclamó.

— ¿Y no le gustan las cosas hermosas?

— ¡Oh, sí...!

* * *

—Como dice el refrán —susurró Paula—: a la cama no te irás sin saber

una cosa más.

—Querrás decir —emitió una risita Wade— que de la cama no saldrás sin saber una cosa más.

Paula también rio. Estuvo unos segundos mirando a Bolt, tras fruncir el ceño. Lástima que fuese tan fantoche, tan mamarracho, porque por lo demás... Con un gesto de indiferencia, Paula recogió el sarong, se lo puso, y alzó una mano.

— ¡Adiós, Wade!

— ¿Volverás...?

—Por si te sirve de respuesta, te diré que mi sed de conocimientos es muy grande...

Y echó a andar hacia la puerta, seguida por la mirada de Wade, que sonreía observando sus bellas formas. Una mirada y una sonrisa que a Paula le hubiese gustado ver, le habría interesado muchísimo captar. Una mirada y una sonrisa que eran una mueca tan feroz como la de aquellos doberman.

Bolt quedó a solas, y lo primero que hizo fue acercarse a la ventana, sin preocuparle ser visto. Estaba seguro de que además de los perros había vigilancia humana, mucho menos temible, ciertamente.

Contempló durante unos minutos el solitario jardín; por lo menos, solitario en apariencia. Observó que tenía ciertas facilidades para llegar al suelo saliendo por la ventana. Instantes más tarde, percibía cierto movimiento, y vio el reflejo de las luces de un automóvil que salía de la quinta.

Tras reflexionar unos instantes, decidió que la ventana era un lugar de observación muy limitado, y le interesaba conocer otros rincones y particularidades de la finca. Por lo demás, estaba dejando posar los sucesos en el cerebro, para luego establecer la conexión, colocar los datos en su sitio..., y sacar las conclusiones que fueran del caso.

Una cosa era obvia: Muthesius, con la llegada del Playboy a Port-au-Prince, no había tenido toda la suerte que creía.

CAPITULO V

Desde la pérgola, un poco sorprendido, Muthesius, que vestía ropas más cómodas en aquellos momentos que su perfecto traje color rosa, arqueó una ceja, al ver aparecer en la terraza a Wade, que parecía bastante indeciso.

Muthesius le recibió con una sonrisa.

— ¿Ha reaccionado, señor Bolt? —inquirió amablemente.

—Bien, no sé...

—Le sugiero que se autoconvenza de que ha realizado un buen negocio. Verá cómo se sentirá mucho mejor. Por lo demás, creo deberíamos olvidar ese tema. Nos proponemos, a poco que usted colabore, hacerle la vida agradable durante su estancia en mi quinta. Puesto que salía a pasear, con mucho gusto le acompañaré. Le mostraré todo esto..., que muy pronto abandonaré.

Wade no parecía comprender.

— ¿Se marcha de aquí, monsieur? —inquirió.

—Efectivamente. ¿No lo había imaginado?

—Lo siento. Pero no le entiendo.

Estaban paseando por el sendero. Muthesius miró de soslayo a Wade.

—Se lo explicaré —dijo—... Usted ha sido secuestrado por mí, me conoce. Puesto que pienso dejarle marchar con vida, es obvio que corro el riesgo cierto de que usted se apresure a denunciar a la policía lo ocurrido. Si me quedo, mi detención es inmediata. Por consiguiente, tengo una sola alternativa: marcharme de aquí.

—Bueno..., yo no quiero líos. No diría nada, y...

—Usted, señor Bolt, es un hombre sin complicaciones de ninguna clase, pero los demás, por desgracia, no estamos a su altura en el terreno económico. Y si a eso unimos un determinado grado de ambición, el resultado es que a veces hacemos cosas fuera de lo legal, de lo permitido, de lo establecido. Yo me he hecho a veces algunas preguntas: si los Bancos Nacionales de los países emiten billetes, ¿por qué no podía hacer yo lo mismo? Es una pregunta razonable, ¿no cree?

—Si usted lo dice... ¿Acaso ha fabricado billetes?

Muthesius rio brevemente; se acarició el dorado flequillo ondulado que

caía sobre su frente.

—Soy un experto, pero mi negocio fue a la quiebra, míster Bolt. Tuve una extensa organización en Francia, en Marsella, pero..., siempre ocurren cosas. Allí lo perdí todo, o casi todo. Tuve que huir, ocultarme, vivir poco menos que en la ruina. Parece ser, no obstante, que mi situación va a cambiar ahora.

— ¿Por qué me explica todo esto? Incluso se acusa de...

—No me acuso de nada —cortó Muthesius—. Le explicaba algo sobre mí mismo, tan sólo. Por otra parte, usted y yo no volveremos a vernos. Por lo tanto, no importa lo que usted sepa sobre mí. Es obvio que mi apellido auténtico no es el de Muthesius, y puedo cambiar fácilmente de identidad. Y de rostro, si es necesario.

— ¿De rostro...? No sé si es broma, monsieur.

—En absoluto. Pero claro, usted ignora todo, o casi todo, de un mundo que está muy lejos de usted. Esto me hace reflexionar... Me hace pensar que no es tan raro que existan con nosotros, que convivan con nosotros, mundos muy distintos. A usted quizá le parezca estúpido, pero parte de la fortuna que pienso conseguir, la destino a intentar hallar la Atlántida; creo tener la seguridad de su emplazamiento... Sería auténticamente fabuloso, no lo dude.

Wade le miraba con aturdimiento, con los ojos muy abiertos.

—Pero es tan extraño... ¿Cómo va a poder cambiar de rostro?

—Nada más fácil. Se lo aseguro.

—Asombroso, asombroso..., ¿Yo podría hacer lo mismo? ¡Sólo para gastar alguna broma a mis amigos!

—¡Claro que podría! —rio Muthesius.

—Fantástico... Me interesaré por eso, de veras. ¿Qué es eso?

Señalaba una construcción cónica, con ventanas muy estrechas, que había detrás de unos cuantos árboles. Estaba a oscuras, pero en la cúpula había azulejos que brillaban al reflejo de las luces.

—Ahí pensaba establecer mi nueva fábrica de billetes —explicó Muthesius —. Pero cuando empezaba a organizarme, con forzosa lentitud, surgió algo mejor. ¡Oh, también está la momia! ¿Quiere verla?

— ¡No! Le aseguro que..., que esas cosas me infunden más bien respeto... ¡No, no!

— ¡Charlotin!

La voz sonó de pronto, detrás de ambos. Muthesius giró, viendo entre los árboles a Desirée. La bella rubia, aquella estatua del amor, aquella Atiántida hecha mujer, estaba allí como una aparición, como un hada, vestida vaporosamente, sonriendo.

—Bien, señor Bolt, puede seguir paseando, si lo desea. Pero no cometa imprudencias, ¿comprende?

Muthesius se alejó, dejando a Bolt como perdido, asustado. Pero eso sólo fue durante unos segundos, hasta que el agente de la CIA hubo decidido su inmediato plan de acción. Dejó transcurrir un cuarto de hora, paseando inofensivamente, fijándose en todo... Luego, comenzó a acercarse sigilosamente al vigilante de la zona que había elegido para su acción...

El vigilante era un mulato, que parecía aburrirse soberanamente, apoyado en un delgado arbolillo, y que ni por asomo, podía imaginar la clase de fiera que se le acercaba sigilosamente por detrás...

De pronto, tras haberse mostrado tan sigiloso y poco menos que invisible, Bolt se encaminó hacia el mulato haciendo incluso más ruido de lo normal, arrastrando los pies, carraspeando... El hombre respingó, y se volvió vivamente, sacando su pistola.

A pocos pasos de él, Wade Bolt también respingó, dando un salto.

— ¡Eeeeh! —exclamó—. ¿Qué... qué hace?

—Venga aquí —gruñó el mulato—. ¿Qué demonios está usted haciendo?

—Pu... pues... estaba... dando un paseo. Antes estaba con el señor Muthesius, pero él se fue, y me... me dijo que podía estar por aquí.

El mulato movió la cabeza, y sonrió.

—Está bien, le creo. Pero para otra vez, procure no asustarme: podría disparar contra usted y matarle.

— ¡Je, je...!

— ¿De qué se ríe? —se pasmó el hombre.

—Eso de que dispararía contra mí... No lo haría, ¿verdad? ¡No es posible que usted sea capaz de disparar contra una persona!

—Oiga, ¿pretende tomarme el pelo? —farfulló el mulato—, Será mejor que se largue de aquí. Y para evitarse disgustos, creo que será mejor que no se

dedique a dar paseos durante la noche.

— ¿Quiere decir..., que realmente sería capaz... de matarme?

—Mire, amigo, deje de cabrearme, ¿quiere? Por si cree que estoy bromeando, le diré que me he llevado por delante a más hombres que dedos hay en su cuerpo. ¿Me entiende?

—Sí..., sí... Pero eso... sería en una... una guerra...

— ¡En una mierda para usted! —rio el otro—. ¡Deje de tocarme los caramelos y vuelva a la casa!

—Sí —asintió Wade Bolt—. Desde luego que sí.

—Entonces..., ¿por qué se sorprende tanto?

—No me sorprendo. En realidad, sólo quería asegurarme de que usted se merecía lo que se le va a venir encima.

— ¿Lo que...?

El mulato, que había guardado la pistola, respingó, mirando la mano de Wade Bolt, alzada rápidamente por encima de su cabeza. En un instante, comprendió lo que iba a hacer el millonario... Fue un instante de lucidez, el último de su vida, porque cuando su mano aún no había vuelto a tocar la pistola la de Wade cayó sobre lo alto de su cráneo, en tsutchi-ken, el puño-martillo. Fue un golpe sencillo, incluso un tanto tosco, pero, por supuesto, efectivo y fulminante, como había pretendido el millonario: el mulato cayó muerto a sus pies, fulminado.

Tras una rápida mirada a su alrededor para asegurarse de que nadie había visto lo ocurrido, Wade se inclinó, retiró del bolsillo del hombre la pistola, apuntó a lo lejos y alto, y apretó el gatillo por dos veces, rápidamente... Los estampidos parecieron poco menos que cañonazos.

En seguida, Bolt colocó la pistola junto a la mano del mulato, dio la vuelta, y echó a correr hacia la casa, en la cual se oían voces, así como en un par de puntos del jardín. Tras una corta y velocísima carrera sorprendente, Wade Bolt saltó entre unos arbustos, y entonces comenzó a gritar, mientras continuaba corriendo hacia la casa.

Llegó a ésta cuando de ella salían algunos hombres, todos pistola en mano, mirando, con expresión desorbitada, a todos lados.

— ¡Por allí! —chilló Wade—, ¡Han disparado por allí, he visto a un hombre, lo he visto...!

— ¿Qué ocurre? —apareció Muthesius, jadeante, demudado el rostro.

— ¡Un hombre disparando, lo he visto, lo he visto...!

— ¡Cálmese! —gritó Muthesius—. ¡Y vosotros, idiotas, ¿qué hacéis aquí?! ¡Id a ver si cazáis a ese hombre, vamos!

— ¡Le he visto, le he visto...! —seguía aullando Wade.

— ¡Cállese de una vez, rata! —le escupió las palabras en la cara Muthesius —. ¡Póngase a salvo y deje de ponernos nerviosos a nosotros! ¡Vamos a ver si...!

CAPITULO VI

Lo tenían allí, en la pérgola, acosado, mientras aún temblaba y tragaba saliva con esfuerzo, y le saltaban los ojos... Tenía junto a él al negativo de fotografía, que le apuntaba con una pistola. Había aparecido también Paula, sin su sarong amarillo, tan sólo con unos pantalones que se había, puesto rápidamente, y una blusa casi completamente abierta; pero a nadie parecía importar el detalle..., muy hermoso, por otra parte.

Cerca, se oían las órdenes de Muthesius, sus instrucciones. Y, por fin, llegó Muthesius, con expresión grave, iría la mirada.

— ¿Más tranquilo? —gruño—. Tal vez explique mejor ahora lo que vio. ¿Quiere repetirlo, míster Bolt?

Wade se humedeció los labios, y miró en torno, como si esperase ver aparecer de pronto a su peor enemigo.

—Sí... Ya... lo expliqué...

— ¡Otra vez! —mascullό furiosa, Paula.

—Yo paseaba... Hacía rato que me había dejado monsieur Muthesius, empecé a aburrirme estando solo. Di una pequeña vuelta y... y cuando regresaba a la casa, pues..., no sé... Lo vi bien, de veras; pero... como si la imagen se desvaneciera en mi cerebro... Fue tan rápido... Era un hombre que corrió hacia la verja...

— ¿Cómo era ese hombre? Haga un esfuerzo —pidió Muthesius.

— ¡Lo dije! Me pareció..., asiático, o mongólico, algo así... De esos que tienen los ojos oblicuos, y creo que es calvo, o en todo caso se rapa completamente el cabello... Un hombre que me pareció fuerte. ¡No puedo decir más...! Creo que me vio... Con aquellos ojos oblicuos, su cráneo pelado o calvo... ¡Creí que iba a matarme, y entonces encontré fuerzas para correr y gritar...!

Le miraban todos con mucha fijeza. Paula estaba palidísima en aquellos momentos. Por fin, consiguió desviar la mirada del rostro de Wade, para fijarla en Muthesius. Y murmuró:

—La descripción es prácticamente exacta, Muthesius. Es lo que yo más temía: se trata de Consenzi. Ya te advertí que la operación requería una rapidez fulminante...

—Quizá no haya sido él...

— ¡Te digo que ha sido él! No es sólo la descripción de Bolt, sino el modo en que ha matado a Pierre... Traedlo aquí.

El cadáver del mulato fue depositado en la pérgola, muy cerca de los pies de Wade Bolt, que se encogió aún más. Paula se acuclilló junto al cadáver, haciendo una seña a Muthesius, que la imitó. La bella asesina señaló la cabeza del mulato.

—Tiene el cráneo hundido... ¿Crees que es fácil hacer esto?

—No lo sé. ¿Qué tratas de decirme?

— ¡Deberías haberlo comprendido ya! Consenzi entró en la quinta, cualquiera sabe con qué propósitos iniciales, y Pierre le sorprendió..., o simplemente le vio cuando ya era tarde para él. Está bien claro, puesto que hemos encontrado la pistola de Pierre en el suelo; pudo sacar la pistola, pero Consenzi no le dio tiempo: lo mató de un golpe.

—Pues no entiendo por qué tenía que golpearle con la pistola si podía...

— ¡No le golpeó con la pistola, sino con la mano! ¡Eso es lo que estoy tratando de decirte! Munro Consenzi ha estado muchos años en China, lo sé muy bien, y allí aprendió técnicas para matar con las manos que le enseñaron especialistas en Kempo y Kung Fu.

—Sí... Sí, está bien. Ignoraba eso de Consenzi.

—Pues ya lo sabes. Y te lo advierto: si alguna vez aparece ante nosotros, mátalo en seguida, no le des oportunidad ni de abrir la boca. No te fíes de su aspecto, ni de su tono de voz, ni de su mirada que a veces consigue que parezca dulcísima... Es una fiera.

— ¡Está bien, está bien, ya no tiene remedio, ¿verdad?! ¡No nos pongas nerviosos con tus fantasías orientales...!

— ¿Fantasías? Bueno, querido mío, si alguna vez te odio lo suficiente, desearé que caigas en manos de alguien que sepa Kempo, o Karate, o...

— ¡Ya basta!

—De acuerdo —se incorporaron los dos—. Sólo voy a añadir que, como te dije, esta operación debió realizarse antes.

La operación no podía realizarse antes de ningún modo, Paula. Tranquilízate. Como sea, Consenzi ha cometido un error, y eso nos pone en guardia. Sabremos protegernos. Además, es posible que caiga.

Paula, aún lívida, se mordía los labios. Miró a Wade con ira, pero evitó

cualquier comentario.

Fue Muthesius quien dijo:

—Vaya a su cuarto, míster Bolt. Nosotros tenemos trabajo ahora.

— ¿Tengo que quedarme... solo? —gimió Bolt.

—Nada le sucederá, no se preocupe. Philibert, acompáñale, y vuelve aquí —dijo Muthesius.

El negativo de fotografía, Philibert, tuvo que convencer a Wade de que era mejor subir a su cuarto y quedarse a salvo y tranquilo en su habitación... Y cinco minutos más tarde, Wade, con una sonrisa en su viril boca, estaba a solas, sin atreverse aún a fisgar por la ventana. Como fuese, el primer resultado a las suposiciones de Wade Bolt había sido correcto: Consenzi era temido en aquella casa.

Era algo para empezar, para tirar del hilo, y extraer una gran ristra de conclusiones...

Los pensamientos de Wade fueron interrumpidos por un ruido en la puerta. Esta se abrió, y Wade, fingiendo sorpresa, miró a los visitantes.

Eran Paula y Usigli, el dentudo. Paula empuñaba su pistola en aquellos momentos, y entró, mirando a Wade, y diciendo:

—No, no, no... Confieso que resultó convincente, Bolt, pero lo que usted dijo no puede ser todo... En realidad, dijo demasiado, con respecto a Consenzi. ¿Cómo pudo verle con tanta claridad? La zona es más bien oscura... Diga: ¿cómo es posible que pueda describirle tan perfectamente, teniendo en cuenta, además, que usted estaba bajo los efectos de ese... pretendido terror?

— ¡He dicho la verdad! ¡Ese hombre saltaba...!

—Usted no carece de imaginación, Bolt, pero hace falta mucha más para engañarme a mí. Quiero la verdad.

—Pero...

—Convencerá a Muthesius de que fue usted quien armó todo el alboroto. Como ve, si en un principio me alteré un poco, he recobrado mi serenidad, y la lucidez de mi cerebro. Yo me ocupo de averiguar la verdad..., con la colaboración de Usigli. ¿Habla, Bolt?

—Vi a ese tipo mongol, o lo que sea...

—Usigli —cortó Paula.

Wade no quiso impedirlo. No aún. No era cuestión de entablar una lucha abierta; tampoco se tensó. Tan sólo su cerebro se concentró en un punto en blanco, para mitigar el dolor del tremendo puñetazo que recibió en el estómago; soltó un jadeo, y se inclinó un poco. La mano zurda de Usigli le agarró por los cabellos, y tiró hacia abajo, de modo que la cara de Wade fue al encuentro de la rodilla de Usigli, que éste levantaba malignamente.

Se produjo el sordo choque, y Wade sintió un tremendo latido de dolor en la nariz, que sangró, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas; y se quedó tambaleándose, suelto, gimiendo, aferrándose el estómago, mirando con horror su propia sangre...

—Perdone que sea tan dura, Wade. No recordaba los buenos momentos de antes... Y quiero advertirle que hay cosas peores que simples golpes —dijo Paula—. Pero usted tal vez ya sabe algo de espionaje, de su dureza y falsedad.

—Pero... ¡esto es una locura! ¡Le digo que...!

— ¿Qué vio? O mejor: ¿qué hizo, Bolt?

— ¡Ya lo he dicho! Huí al ver a aquel hombre saltando. Creí que iba a disparar contra mí también...

—Usigli —cortó Paula de nuevo.

Usigli amenazó un golpe en el rostro, pero Wade, perfecto de reflejos, comprendió hacia donde iba a ir de veras el golpe, y lo encajó en el bajo vientre, palideciendo; quedó inclinado, exagerando el dolor...

—Usted sabe algo de Consenzi, Bolt. Y sabe de muchas cosas que finge ignorar. Es evidente que ahora siento un gran interés por usted..., querido Wade. ¿Verdad que yo he acertado, querido Wade? ¡Usted es un espía!

—No es verdad... ¡No es verdad!

La puntera del zapato de Usigli iba hacia el ojo derecho de Wade, con la peor intención, pero el espía pudo evitar fácilmente quedar ciego de un ojo; sólo tuvo que realizar un levísimo movimiento, muy bien controlado, y el golpe lo recibió entre la sien y la ceja. Sin resollar siquiera, se dejó caer de bruces, fingiendo hallarse sin sentido.

—Tal vez vamos muy lejos, Paula —oyó a Usigli.

—Sé lo que digo... Sólo admito, como he dicho, una posibilidad entre un millón de equivocarme con Bolt.

—Si fallas, las cosas pueden rodar mal. Bolt es valioso.

—Ya lo sé... Está bien. Iré a enterarme de lo que está ocurriendo abajo. Tú, mientras, ve a soltar los perros. Será una sorpresa para Bolt si intenta huir en nuestra ausencia.

—Vamos.

Wade quedó a solas. No se movió durante un minuto. No necesitaba reponer fuerzas, ni había sufrido el menor menoscabo físico ante aquellos golpes. Sin embargo, las sospechas de Paula habían empeorado las cosas.

De todos modos, había que actuar de nuevo, so pena de que Paula se reafirmase en sus sospechas sobre él, y se pusiera tan terca que llegase a descubrir algo.

Se puso en pie, sin apenas más que unas ligeras molestias en la nariz; nada importante. Abrió ligeramente la puerta del pasillo, comprobando que no había nadie. Salió, lo recorrió, y echó un vistazo al vestíbulo. Lo cruzaría, pero hacia las interioridades, para salir al jardín por alguna puerta o ventana de servicio, por algún lugar no iluminado...

* * *

— ¿Y bien? —inquirió Muthesius, al ver llegar a Paula y Úsigli.

—Nada, por ahora —dijo Paula—. Pero hablara.

Muthesius parecía reacio a conceder a Bolt aquella acción.

— ¿Sugieres, pues, que no existe peligro, y que debemos abandonar la búsqueda de Consenzi?

—No tanto. Usigli, los perros —dijo Paula.

Usigli miró a Muthesius, pero éste se encogió de hombros.

—Hazlo —dijo—. Si de verdad hay merodeadores, alguien lo sentirá. Vete ya, Usigli. Paula, si se confirma que no es Bolt, habrá que empezar a pensar en salir de aquí de inmediato, porque...

Usigli se alejaba, desinteresado por la conversación. Desde luego, él no estaba en absoluto de acuerdo con

Paula ¿Cómo atribuir al asustado millonario todo aquello? Usigli se inclinaba por considerar, como Muthesius, que las horas de permanencia en la quinta estaban contadas.

La perrera estaba en un ángulo de la quinta, alejada de la casa, puesto que

a veces los ladridos de aquellas fieras eran insoportables. Como en aquella ocasión, por ejemplo. Las bestias olfateaban el movimiento, y estaban inquietas, furiosas, ladrando estridentemente, de un modo que erizaba el vello.

A Usigli no le hacían mucha gracia los perros sueltos, pero no había riesgo al abrir la jaula, ya que abría la puerta protegido, y evitaba de ese modo la posible embestida de los enfurecidos perros.

Además, éstos le conocían por el olor, así como a los demás ocupantes de la casa, que habían sido presentados por Muthesius. La verdad era que aquellos animales eran inteligentes, lo aprendían todo en seguida.

"Bueno —se dijo Usigli—, al menos eso es lo que dice el señor Muthesius..."

Llegó ante la jaula, donde los perros estaban desusadamente furiosos, lanzándose contra la puerta, de enrejado metálico, tan rabiosamente que estuvo tentado de no abrir, pese a las órdenes recibidas.

No obstante alargó la mano hacia la manilla de la puerta..., y fue entonces cuando notó algo a su derecha, y comenzó a volver la cabeza. No pudo ver más que una sombra desplazándose hacia su espalda. Inmediatamente, un cerco de acero se cerró, llegando por detrás, en torno a su cuello. Usigli quiso gritar, pero se dio cuenta, despavorido, de que el cerco de acero era aún más fuerte de lo que le había parecido.

—No te mato por odio, y mucho menos, por venganza... Te mato por lo mismo que maté al otro: por asesino —sonó una voz junto a su oído.

Como en una insoportable pesadilla, Usigli pensó que aquella voz era la del señor Bolt, el hombre que él había aporreado tan impunemente. Pero no... No podía ser, claro... Y de pronto, se dio cuenta de que acababan de decirle que lo iban a matar.

—AAA-AAagggg...

Durante unos segundos, Usigli alzó los brazos por encima de su cabeza, tocó unos cabellos, luego el brazo que rodeaba su cuello... No tenía ni idea de que estaba muriendo bajo la presa de estrangulación de judo llamada hadaka jime... Su cuerpo comenzó a relajarse, sus manos cayeron, y una de ellas tocó algo frío. Con sus últimas fuerzas, Usigli crispó la mano en aquella cosa fría..., y cuando fue soltado y cayó hacia atrás, aquella mano movió y tiró de aquella cosa fría...

La manilla de la puerta de la jaula.

Detrás de Usigli, Wade Bolt lanzó una exclamación de espanto cuando vio

salir al primer perro, como mi rayo más negro que la noche, precedido por el brillo de los ojos y de los colmillos. Su espanto fue tal que por un instante quedó como paralizado..., hasta que la sombra negra saltó hacia él.

Entonces, la reacción del budoka-espía fue velocísima, instintiva: alzó la mano derecha, la cerró, descargó en el centro del cráneo del animal un potentísimo tetsui, visto y no visto, imprimiendo a su brazo un movimiento como de latigazo; ante él, el ferocísimo perro recibió el golpe, su cabeza crujió, emitió un aullido que pareció romperse (como su cráneo), y cayó fulminado a los pies de Bolt...

...Que tuvo el tiempo justo para volverse hacia el segundo animal cuando se disponía a saltar hacia su garganta. Bolt disparó el pie derecho en desesperado mae-geri, la patada directa de Karate con la punta del pie; el animal recibió el golpe en el morro, lanzó un tremolante aullido, se detuvo en seco, y cayó de lado.

El otro estaba ya saltando hacia el millonario que tan peculiares ideas tenía, respecto al espionaje. Los colmillos brillaron, la dentellada chascó en el vacío cuando cayó un par de metros más allá, para revolverse inmediatamente, sin dejar de gruñir ferozmente...

Una mano de hierro cayó sobre su nuca, agarró el fino pelaje, e inmovilizó al animal, que intentó morderle, revolviéndose como una auténtica fiera... Pero el hombre pasó tras él siempre sujetándole por el cuello, y todo su peso cayó sobre el lomo del animal, obligándole a doblar las patas traseras, impidiéndole así desplazarse. La otra mano de Bolt sujetó, con hábil gesto, las dos patas delanteras del animal, y entonces dejó de sujetarle el cuello con la anterior, manteniendo así, por unos segundos, bien controlado al Hoberman en la kote-ma-weshi de la Inu-Jitsu (*).

Si el segundo perro no hubiese comenzado a dar muestras de rápida recuperación, posiblemente la pelea habría terminado aceptablemente bien para el doberman, con una presión en las patas o en el cuello para desvanecerlo... Pero el segundo perro, el que había caído bajo el impacto del mae-geri, se estaba poniendo en pie, tambaleante, gruñendo, desconcertado y dolorido.

Así que, sin consideración alguna, Wade Bolt soltó las patas del animal que tenía controlado, le asió por el morro con ambas manos, y torció fuertemente la cabeza hacia atrás y arriba... ¡Crack!, crujieron las vértebras del doberman. Y en un instante, fue sólo una masa inerte en las manos del espía, que lo soltó, y se acercó, a toda prisa, al tercer perro. Si pudiese darle otro golpe, quizá lo desvanecería, y podría meterlo dentro de la jaula...

Pero mientras éstas eras las buenas intenciones del hombre, el perro se

recuperó lo suficiente para pasar al ataque. Bolt lo vio venir calculando las posibilidades de controlarlo con sus conocimientos de Inu-Jitsu. Quizá podría controlarlo con ude-osae, o derribarlo para aplicarle kote-hineri... Pero en seguida comprendió que es tas técnicas de doloroso control de patas, no sólo se presentaban difíciles ante un animal tan enfurecido, sino que requerían tiempo, y esto podría costarle la vida si alguno de los hombres de Muthesius salía al jardín, en busca de Usagli, o simplemente a dar una atenta vuelta de inspección.

No tuvo más remedio que hacerlo: puso la mano rígida, completamente extendida, y la lanzó hacia el cuello del animal, con las puntas por delante, en imparable shuto... Las puntas de sus dedos, como si fuesen barras de acero, se hundieron en la garganta del doberman, que emitió una especie de ronquido y cayó de espaldas, para girar enseguida, alzarse sobre las patas delanteras... De nuevo golpeó Bolt con shuto, la mano-sable, ahora de arriba abajo, entre los dos ojos del perro.

— ¡AUUUggg...! —gimió un instante el animal, antes de caer, rebotar y quedar tendido de lado.

(*) Tétnica de la Lucha contra Perros, que podría incluirse en la amplia y variada gama de las auxiliares de las Artes Marciales.

Con el rostro cubierto de sudor, rígido, espeluznado por el peligro corrido, Wade Bolt dio media vuelta, y echó a correr hacia la casa... ¿Cómo era posible que nadie hubiese oído nada?

* * *

— ¡Qué extraño! —dijo Paula—. Ya no se oye a los perros...

—Usigli los habrá calmado —dijo Muthesius.

— ¿De repente? Siempre tardan un poco en callar... Hace unos segundos los oía rugir como fieras... Y ahora ni siquiera ladran. No es normal.

* * *

Afuera, Wade Bolt estaba llegando a la casa. Tenía escasos segundos para llegar a ésta, a fin de entrar y volver a su habitación. Si aparecía alguien antes, o algo inesperado ocurría antes de llegar allí, las cosas se iban a complicar mucho.

Pero nada ocurrió hasta llegar a la casa. Saltó por la ventana de la cocina; de allí, al suelo, y se pegó a la puerta. Corrió hacia el vestíbulo cuando empezó a percibir movimiento, reacción, gritos confusos... Una vez en el vestíbulo, iba a lanzarse escaleras arriba, cuando algo le mantuvo quieto,

pegado a la pared, detrás de las cortinas que separaban el pasillo del gran vestíbulo.

Alguien bajaba a toda velocidad las escaleras: la bellísima Desirée, la Atlántida hecha mujer de Muthesius. Iba con el cabello suelto, ondeando, vestida con dos piezas y el largo sarong; con cara de susto... Ella tenía miedo de lo que estaba ocurriendo, o quizá había visto algo...

Como fuese, desapareció en la terraza segundos más tarde. Wade, sin analizar, se dirigió hacia las escaleras, y a los pocos segundos entraba en su cuarto. Oía los pasos, las voces. Era abajo, en el vestíbulo. Y llegaba Paula.., Paula, con Muthesius, Desirée y Philibert.

Wade tenía los ojos muy abiertos; mostraba una expresión patética, de dolor No se movió cuando la puerta se abrió con violencia, y apareció Paula en primer lugar, haciendo un amplio gesto alrededor.

— ¡Ved, no está ese embust...!

Palideció ostensiblemente al verlo, y quedó muda. Muthesius, achicados los ojos claros, un poco revuelto su primoroso flequillo, miraba al gimiente Wade.

—Ya os he dicho —murmuró Desirée—, que si hubiese salido yo lo habría visto.

Muthesius dirigió la mirada a la muchacha, sombrío.

—No te cruzaste con nadie, entonces.

—No, no... Con nadie. ¿Cómo he de decirlo, Charlotin?

Preocupado, Muthesius miró a Paula, que parecía incapaz de dejar de mirar a Wade, el cual estaba encogido, aterrado, como esperando la muerte, sin atreverse ni a gemir. La voz de Muthesius sonó grave, autoritaria, por fin:

—Evidentemente, Paula, te has equivocado. Estamos seguros de que dentro de la quinta hay alguien muy audaz: Consenzi. Tú le conoces mejor que nadie, y eres la única que puede decir lo que ese Consenzi es capaz de hacer. Por ejemplo, según lo que me contaste antes, ese hombre es un ser excepcional, capaz de haber matado a Usigli como hizo con Pierre, y deshacerse luego de los perros. Un hombre escalofriante —se estremeció—. Pregunto: ¿consideras conveniente utilizar la emergencia preparada?

—Supongo que sí —susurró Paula.

—Entonces, no perdamos tiempo. Voy a reunir a los hombres que me

quedan, para que ejerzan vigilancia personal sobre nosotros, mientras trabajamos. No hay problemas: se trata sólo de cargar la momia con la que obsequiaremos a míster Bolt, y marcharnos de aquí. Míster Bolt, claro está, nos acompañará, porque sigue valiendo cinco millones de dólares.

Desirée salió primero, y a continuación, Philibert. Muthesius, mirando a Bolt, se acarició el alborotado flequillo.

—Le pido disculpas por el error de Paula —dijo, con su tono más amable—. Por favor, vaya al baño y arregle un poco su aspecto.

—Sé que me matarán... ¡Sé que me...!

—Le garantizo su vida, míster Bolt —cortó Muthesius—. Pero aún tenemos que hablar usted y yo. ¿Quiere que Paula le ayude a arreglarse?

— ¡No! ¡Que no me toque...! —chilló Wade—. ¡Ella me odia, aunque antes fuese tan apasionada conmigo! ¡Pretendía algo de mí, engañarme...!

Paula le miró entre recelosa y despreciativa. No obstante, no hizo el menor comentario. Miró luego a Muthesius, y dijo:

—Todo indica que Consenzi está al acecho, pero no por eso vamos a perder la serenidad. Haremos las cosas tal como proyectamos en principio: saldremos, separados, de Haití. Tú con Desirée, Bolt y el dinero, hasta que consideres que no existe riesgo de dejarle libre. Yo, a solas, hasta reunirnos en el punto previsto. Tengo que insistir en un punto, Muthesius: una traición por tu parte sólo conseguiría echarlo todo a rodar.

—Sobraba la recomendación. Eso lo sé muy bien.

—Entonces, nada me queda por hacer aquí. Y... sólo una cosa más: de presentarse alguna complicación no prevista, sabes dónde localizarme.

—Todo lo tengo en cuenta, Paula. Si nos alejamos de Consenzi, lo cual no veo muy difícil de conseguir, todo sigue igual.

Paula no habló más. Miró largamente a. Bolt y dio media vuelta, saliendo de aquella estancia. Wade, por fin, gimiendo, entró al cuarto de baño; llegaba Philibert en aquellos momentos, diciendo:

—Estamos todos en la quinta, monsieur Muthesius. Empezamos a trabajar con la momia: la cargaremos enseguida en el furgón. Los demás, vigilan, si bien no hay el menor rastro de Consenzi.

Salieron todos del cuarto, y Wade, tras asegurarse de que no volvían, se metió en el cuarto de baño, sonriendo secamente. De modo que era un hombre

escalofriante, según opinión de Muthesius, ¿eh? Pues todavía le iba a dar más disgustos.

Se desnudó y se metió en la bañera, bajo el chorro del agua fría. Milagrosamente, no había sido alcanzado per ninguna dentellada, lo que habría significado un gravísimo peligro, no por la dentellada en sí, sino porque no habría podido justificar la herida ante sus captores..., y la cosa habría teñido que resolverse a las malas y rápidamente, lo cual no le interesaba, por el momento. De modo increíble, había sido introducido precisamente en el asunto que le había encargado su jefe, y pensaba seguirlo a su manera, con... suavidad. O por lo menos, podía llamarlo astucia...

Abrió los ojos, de pronto, y, a través de la fría lluvia que caía sobre su cabeza, vio la forma humana ante la bañera, inmóvil. Cerró rápidamente el grifo, y se quedó mirando a Desirée, que le contemplaba con expresión ardiente, muy abiertos los ojos.

—Eres muy bello —susurró con voz ronca, la muchacha.

— ¿Qué... qué hace usted aquí? —regresó en el acto Wade a su papel de pusilánime.

—Eres tan bello, que he querido venir a pasar un rato contigo mientras los demás preparan la marcha... No temas: él no se dará cuenta.

—Está... está bromeando —tartamudeó Wade—. ¡O me está gastando una broma, o es una trampa, para que el señor Muthesius nos encuentre juntos y entonces quiera matarme!

—No es una broma, ni ninguna trampa. ¿Por qué te resistes conmigo, si estuviste con Paula?

— ¿Lo sabe usted? —exclamó Wade Bolt—. Bien... De todos modos, es diferente. Ella no... no es nada para nadie aquí, y dijo... que estaba a mi disposición...

—Yo también lo estoy. Quiero que me ames... salvajemente.

—No... No, no... ¡No quiero hacerle eso al señor Muthesius!

— ¡Eres tonto! —rio ella agudamente—. ¿Acaso crees que serías el único? ¡Ese cerdo...! ¿Quizá piensas que le amo?

— ¿No?

— ¡Claro que no! ¡Maldito cerdo...! Primero tenía mucho dinero, pero luego se arruinó... ¿Y qué crees que hizo en lugar de dejarme marchar en

busca de otro hombre? ¡Me amenazó con matarme si le dejaba, me obligó a seguir con él! ¡Pero sé vengarme adecuadamente!

— ¿Cómo se venga usted?

— ¡Me acuesto con todos los hombres que se ponen en mi camino! ¡Esa es mi venganza! Y tú, como todos los demás, vas a formar parte de ella... ¡Llévame a la cama!

—No.

— ¿No? Está bien... ¿Acaso prefieres que le diga que te vi en el jardín cuando lo de Pierre, o cuando lo de Usigli?

— ¿Me vio usted... por el jardín?

— ¡Claro que no! —rió Desirée—. ¡Pero si le digo a Charlotin que sí que te vi, me creerá, y te hará pedazos! ¿Vienes o no?

—No.

— ¡Entonces, voy a decirle que te vi antes en el jard...!

Wade Bolt salió de la bañera tranquilamente, agarró una toalla, y comenzó a secarse, mirando con amable curiosidad a la bella muchacha.

—Dígale usted eso al señor Muthesius..., y yo le diré lo que acaba de contarme.

— ¡Jamás te creería!

—Podemos hacer la prueba. Me imagino que el señor Muthesius debe tener algún... sistema para hacer confesar a sus hombres si han estado o no han estado contigo... ¿Crees que no les haría confesar la verdad? Y entonces, me pregunto qué sería de ti, mujer Atlántida.

—Ven conmigo —gimió ella—. ¡Ven conmigo!

—Todavía no he caído tan bajo. A veces, he tenido que hacer cosas poco agradables, pero eran inevitables. Esto puedo evitarlo. Márchese, Desirée. Será mejor para todos.

Ella se quedó mirándole con ojos que parecían pequeñas hogueras de odio, mordiéndose los labios, lívido el rostro. Por fin, jadeó:

—Lo pagarás... ¡Lo pagarás, cerdo!

— ¿Más caro aún de cinco millones de dólares? —sonrió Wade.

—Lo pagarás... ¡Lo pagarás, aunque sea lo último que haga en mi vida! ¡Cobarde! ¡Degenerado!

—Fantástico —movió la cabeza Wade—. ¡Realmente fantástico! ¿Yo soy degenerado?

La última reacción de Desirée no podía ser más demostrativa de su furia, de ^u despecho. Escupió al rostro de Wade Bolt, y dando media vuelta salió corriendo del cuarto de baño... Durante unos segundos, Bolt permaneció inmóvil. Luego, se lavó la cara, parsimonioso, y finalmente se quedó mirándose al espejo.

—Maestro —murmuró—, ¿en qué clase de mundo vivimos? O mejor dicho..., ¿qué clase de seres somos los humanos?

CAPITULO VII

Para Wade, a juzgar por su gesto, todo aquello resultaba asombroso. Ya no había en la quinta criados con su pantalón blanco y chaquetilla roja; allí, todo el mundo vestía de oscuro; la gente que había trabajado con poleas para cargar la momia en un furgón cerrado, y los que habían estado buscando a Consenzi, bien armados, dispuestos a acribillarle tan sólo descubrirle. No obstante, Consenzi no hizo su aparición..., naturalmente.

Incluso Desirée vestía un traje-pantalón azul oscuro, que aún hacía más esbelta su maravillosa silueta. Muthesius llevaba una camisa negra, de cuello abierto, y una cazadora.

Había llegado Philibert, diciendo:

—El furgón está listo, monsieur Muthesius. Podemos partir.

—Bien. Y ni rastro de Consenzi... ¿Quiénes custodian a Paula?

—Jacques y Emmanuel.

— ¿Han comunicado alguna noticia?

—Sí, por la radio de bolsillo. Nadie sigue a Paula, por ahora.

—Es extraño— masculló Muthesius—... Tal vez a Consenzi le interesen más otras cosas que Paula, de momento. Quizá Consenzi nos siga a nosotros, y en este caso se llevaría una buena sorpresa. Escucha esto, Philibert: yo, con Desirée y míster Bolt, me iré con uno de los coches por delante. Que me siga el furgón. Y a prudente distancia, tú con Jean, nos seguís con otro automóvil, abriendo bien los ojos. ¿Comprendido?

—Sí, monsieur Muthesius.

—En marcha, entonces. Yo parto, ahora, con Desirée y Wade. Ve a decir a los del furgón que me sigan.

Philibert se puso en movimiento. Muthesius miró a Wade y dijo:

— ¿Puede conducir, míster Bolt?

—Creo que sí —dijo con un hilo de voz Wade.

—No tenga miedo; todo saldrá bien —gruñó Muthesius.

Allí estaba el auto, ya preparado, a la salida del garaje. Wade no protestó, no despegó los labios. Tomó posesión de los mandos del auto, un “Pontiac" muy brillante, rojo, y esperó a que Muthesius y Desirée estuvieran

acomodados en los asientos traseros. Aún esperó la orden de Muthesius, y entonces puso el motor en marcha.

— ¿Y si nos disparan, al salir de la quinta? —musitó.

Muthesius se echó a reír.

— ¡Ojalá! —exclamó.

— ¡Usted está loco!

—No lo crea. Ni tema por su vida: el auto es blindado. Por consiguiente, quien disparase contra nosotros no sólo no conseguiría un resultado efectivo, sino que se delataría.

Pero no ocurrió absolutamente nada. El “Pontiac” atravesó la puerta de hierro de la verja, y quedó en la carretera de Léogane a Port-au-Prince. Ante la vacilación de Wade sobre la dirección a seguir, Muthesius dijo:

—Hacia Miragoane... Por su izquierda, Bolt. Nos alejamos más de Port-au-Prince, en efecto.

Llevaban recorridas unas doscientas yardas por la carretera costera, sin tránsito en aquellos momentos de la noche, cuando Muthesius divisó detrás, siguiéndoles, la mole del furgón que transportaba el sarcófago con la momia. Entonces, miró a Desirée, la besó en el cuello, y murmuró:

— ¿Más tranquila, querida? Todo marcha bien.

Desirée sonrió, y se acurrucó contra Muthesius, quien vigilaba los movimientos de Wade. Este no parecía dispuesto a complicarse la vida por nada; visto de espaldas, parecía un autómata del volante. Transcurridos diez minutos, Muthesius se soltó de Desirée, y avanzó un poco el cuerpo, acercándose a Wade.

—Le engañé en cierto modo, Bolt —dijo.

— ¡Lo sabía, lo sabía! ¡Me quiere mat...!

—No se precipite. No es lo que usted piensa. Se trata de la momia: no pienso regalársela.

—Si eso es cierto, me produce un alivio.

—Celebro que lo tome así. No obstante, quisiera pedirle un favor, Bolt. Se supone que usted, a sus empleados, a su personal, puede darle toda clase de órdenes, por caprichosas que parezcan.

—Pues... sí. Están acostumbrados a mis caprichos, precisamente.

—Magnífico. En este caso, se trató de lo siguiente: usted tiene su yate Snow anclado en la rada deportiva de Port-au-Prince. Le esperan a usted. Están aguardando su llegada, tras sus aventuras con... el material didáctico. Cuando usted considere finalizado su aprendizaje lógicamente deberá regresar al yate, a fin de emprender el regreso a Estados Unidos...

—No, no. No ha terminado el crucero...

—Le ruego que lo dé por finalizado. Es más, señor Bolt: yo necesito su yate para la momia.

— ¿La momia en mi yate? —aulló Wade.

—Le explicaré el plan completo. Ocurre que la momia ha de llegar a Estados Unidos, y yo no tengo medios propios para el traslado. Ese es el favor que voy a pedirle. Cuando lleguemos al lugar al que vamos ahora, usted escribirá una nota al capitán de su yate, dándole instrucciones en este sentido: que desplace el yate hacia Miragoane. En la bahía, en la punta oriental, hay una cala, bastante profunda y bien protegida, donde puede entrar el yate. Nosotros estaremos allí, para cargar la momia, y el yate, entonces, emprenderá la ruta hacia Estados Unidos. A buena velocidad, puede arribar a las costas de Florida en un par de días.

—Pero...

—No me interrumpa, se lo ruego. Cuando el yate llegue a Florida, al punto exacto que oportunamente le indicaré, alguien estará esperando, y se hará cargo de la momia. Eso será todo. Entonces, yo ya tendré los cinco millones por el rescate de usted, y usted será hombre libre y sin complicaciones, con una extraña aventura para contar. ¿Le parece bien?

—Usted... usted está tramando... algo malo.

—Pero a usted no le importa, ¿verdad?...

* * *

Era una casamata agrietada y solitaria, con mucha humedad, dada su proximidad al mar. Desde ella, se oía el rumor de las olas, su choque contra las rocas del acantilado de la rada; aquella rada por la que penetraría el Snow, para recibir su carga.

La casamata constaba de dos compartimientos; en uno de ellos estaba Wade, con Muthesius, Desirée y Philibert. En el otro, abarrotado de cajas podridas, neumáticos viejos y otros desechos, estaba la momia, descargada del

furgón. En el exterior se trabajaba rápido para tender un juego de poleas, que facilitase la carga de la momia, al yate.

El cuanto a Wade, había terminado de escribir la nota para Elmer y Muthesius la releía.

—Perfecto. Sin complicaciones —dijo—. Viene el yate, carga, zarpa hacia Florida, y es todo. ¡Philibert!

—Sí, monsieur.

—Manda a alguien con toda urgencia a la rada deportiva de Port-au-Prince, y que entregue esta nota al capitán del Snow. ¿Tenemos noticias de Paula?

—Llegó a su refugio sin dificultades; nadie la ha molestado. Y Jacques y Emmnuel se reunirán con nosotros de un momento a otro.

—Estupendo —musitó Muthesius; se encogió de hombros y musitó—: Está bien, se supone que Consenzi se ha visto impotente; y dudo muchísimo que pueda volver a localizarnos. Otra cosa, Philibert. Una vez hayas enviado a alguien a Port-au-Prince con la nota, y los demás hayan terminado de tender el juego de poleas, establece una vigilancia por la cala. Se trata de que el

Snow no nos prepare una sorpresa, aunque no lo creo; más bien me inclino a creer que es Consenzi quien no se da por vencido.

—Bien, monsieur.

—Desirée y yo iremos al refugio previsto, desde el que partiremos hacia Estados Unidos, ya sabes. Aguardaremos la llegada del dinero, que probablemente será mañana por la noche, y listos. Cuando salgas, di a Jean que entre.

—Sí, monsieur.

Philibert salió de la casamata, y poco después entró Jean, un mulato joven, muy fuerte, con rostro agresivo y mirada muy insolente. Se mostraba, no obstante, muy respetuoso con Muthesius. Este ordenó:

—Ata bien a míster Bolt. Luego, vuelve al trabajo bajo las instrucciones de Philibert.

El mulato inclinó la cabeza. Mientras salía en busca de sogas para atar a Wade, oyó a éste chillar, gemir, protestar... Jean no hizo el menor caso. Cuando tenía en sus manos lo que buscaba, penetró en la casamata de nuevo, y vio a Wade con la barbilla temblorosa, pero sin moverse debido a que

Muthesius le apuntaba con una pistola y trataba de tranquilizarle diciendo;

—Es una simple precaución, Bolt. Mientras se procede a la operación de carga de la momia, y en tanto el yate esté en la rada, usted permanecerá aquí, inmovilizado. Una vez se haya alejado el yate, Philibert le desatará, y le conducirá a nuestro refugio.

—Me dejarán aquí ¡Me dejarán! —gimió Wade.

Muthesius, molesto, hizo un gesto que Jean interpretó adecuadamente; el joven y fuerte mulato dio un paso hacia Bolt, y la oscura mano, de canto, asestó un seco golpe en el cuello del millonario. Se le vieron los ojos en blanco, y se derrumbó, quedando con la cabeza junto a los pies del mulato.

—Átale bien, Jean —dijo Muthesius.

Luego, rodeó la cintura de Desirée con el brazo izquierdo, y la empujó con suavidad hacia .la otra estancia de la casamata, que recibía sólo luz indirecta. Allí, en un rincón, estaba el sarcófago con la momia.

—Charlotin..., ¿de veras crees que todo saldrá bien? —-inquirió Desirée.

—No puede fallar. No cometemos errores. Estamos realizando un plan muy sencillo. Por esa misma sencillez, tendrá éxito.

— ¿Era absolutamente necesario hacer esto con Bolt?

—Había que hacerlo de un modo u otro. Bolt ha sido nuestra solución, en lo referente al yate. Podía haber sido cualquiera, de acuerdo, pero él estaba nuestro alcance en aquellos momentos, y ha sido providencial para nosotros en todos los aspectos

—Estoy pensando que una vez libre, Bolt hablará sobre la momia, sobre ti, sobre nosotros...

Bolt, en la estancia contigua, con el oído muy atento, sonrió secamente al escuchar la respuesta de Muthesius:

—Sufrirá un accidente mortal, no te preocupes. Nadie sabrá una palabra de nosotros, a excepción de Consenzi, pero éste jamás logrará localizarnos de nuevo. La momia llegará a Florida, allí la recogerán, y nosotros, por otro lado, sin la menor relación aparente con la inofensiva llegada de la momia, apareceremos en Estados Unidos.

Pero naturalmente, en la estancia contigua, el señor Bolt tenía otras ideas y proyectos al respecto. Y mientras trabajaba para soltarse de las cuerdas, pensaba que Jean no era demasiado listo. En realidad, no era ni una pizca de

listo, puesto que ni siquiera se había dado cuenta de que la postura de las muñecas de Wade Bolt al ser atadas no había sido la adecuada. Así que, después de unos minutos de forcejeo, Wade comenzó a notar cómo las cuerdas iban cediendo de modo cada vez más evidente. Pese a ello, algunas gotítas de sudor comenzaban a resbalar por su frente. Y cerca de él, Muthesius continuaba hablando de su gran suerte, de sus proyectos, y de su inminente marcha.

Wade Bolt sabía que no podía perder tiempo; las cosas habían llegado ya demasiado lejos, y posiblemente no se presentaría otra oportunidad como aquélla para dar la réplica adecuada. Afuera, todos los demás seguían trabajando tendiendo las poleas. Y ésta era la ocasión, pues una vez terminada esta labor, se ocuparían de él más de lo que le convenía.

Con un último tirón, el budoka-espía liberó sus manos. Segundos después estaba en pie y se desprendía de la mordaza. Acto seguido se dirigió hacia la salida..., y casi se dio de manos a boca con Desirée.

La muchacha, soltó un breve y ahogado respingo, alzó los desorbitados ojos hacia el millonario americano..., y un instante más tarde, y debido a la presión que éste ejerció con dos dedos en un lado del cuello, la muchacha se desvanecía, en silencio, en sus brazos.

La reacción de Wade Bolt había sido tan rápida que Muthesius, que llegaba detrás de la muchacha, todo lo que pudo hacer fue respingar..., y hallarse con Desirée en los brazos..., y con una mano de Bolt clavándose en su nuca con la fortaleza y la frialdad de un cepo de acero.

—Puedo romperle el cuello en medio segundo, Muthesius —susurró Wade —. Y si cree que es una broma, recuerde los perros.

El rostro de Charles Borromée Muthesius quedó pálido, demudado.

— ¿Qué... qué quiere usted decir? —jadeó.

Bolt no contestó. Empujó por la nuca a Muthesius, que entró en aquel compartimiento lleno de cajas vacías y demás objetos de desecho, portando con no poca dificultad a Desirée, evitando que la muchacha rodase por el suelo.

—Espero que a nadie se le ocurra entrar aquí durante nuestra breve conversación, Muthesius —dijo, en tono casi amable, Wade Bolt—. He estado esperando que ustedes hiciesen su trabajo para conocerlo todo bien, y he soportado esta situación y algunas pequeñas incomodidades sólo para llegar a este momento. ¿Realmente es una momia lo que contiene ese sarcófago?

—Sí..., claro que contiene una momia.

Bolt se inclinó hacia Muthesius, le quitó la pistola con silenciador del bolsillo interior, y la tiró hacia un lado.

Muthesius depositó a Desirée en el suelo, y se volvió hacia Wade, que le contemplaba atentamente.

— ¿Y para qué demonios quieren ustedes una momia —preguntó.

—Pero..., ¿quién es usted? —jadeó Muthesius.

—Parece que tiene usted mala memoria —sonrió el budoka-espía—. Evidentemente, soy el imbécil de Wade Bolt, ¿no me recuerda?

—Paula tenía razón —murmuró Muthesius.

—En efecto. Pero no es éste el momento de hablar de mi peligrosidad o de lo inofensivo que pueda ser yo. Sigamos hablando de momias, Muthesius. ¿Qué tiene de especial esa momia?

—No lo sé —replicó de pronto, fríamente, Muthesius.

Wade Bolt se quedó mirándolo fijamente, con una expresión tal en sus ojos que Muthesius intentó retroceder. Pero Bolt lo agarró por la ropa, y, sin más consideraciones, le propinó un golpe en el estómago. Fue un solo golpe. Un sakasa-ken de Karate, que dejó a Muthesius lívido y sin respiración. Wade Bolt se limitó a retirar su puño, y el demudado personaje cayó en silencio, crispado, a sus pies.

Sabiendo perfectamente que Muthesius tardaría bastantes segundos en recuperarse del tremendo golpe, Wade fue hacia la puerta que comunicaba con el exterior. Pegado al marco, asomó tan sólo lo suficiente para echar un vistazo. El tendido de las poleas no estaba concluido todavía, ni parecían tener gran prisa, ya que el yate aún tardaría en llegar. Cerca de la casamata no había ninguno de aquellos hombres, por el momento.

A la derecha, a unos veinte metros, en un pequeño llano, estaban los vehículos, el furgón y los dos coches. Wade abandonó la casamata y se dirigió hacia la cabina del furgón, en busca de algo que pudiese serle útil. Sus dedos tropezaron pronto con una barra de hierro, y tras fruncir el ceño asintió: le serviría. Asimismo, recogió también un destornillador oxidado que encontró.

Para regresar a la casamata tomó las mismas precauciones, y llegó a ésta sin que la situación hubiese variado gran cosa. Desirée yacía todavía sin conocimiento, y Muthesius, parcialmente recuperado del espantoso golpe, intentaba ponerse en pie.

—Será mejor que se esté quieto aquí sentado, Muthesius —dijo,

secamente.

Dedicó toda su atención al sarcófago. Los cierres parecían enmohecidos, lo cual era lógico, dada la antigüedad del sarcófago. Tanteó con el destornillador primero, tratando de hacer un hueco, de arrancar alguna esquirla que permitiera la introducción de la barra de hierro.

No parecía posible atacar por allí, así que probó con el segundo cierre. El resultado parecía que fuese a ser el mismo, pero de pronto, uno de los movimientos que realizó Wade con el destornillador produjo un sorprendente resultado: lo que parecía un inconmovible cierre antiquísimo, de piedra, giró de pronto.

Y al final dejó al descubierto una moderna instalación de disco, numerada, a modo de dial de una caja de caudales. Un disco que permitiría sin duda alguna abrir el sarcófago..., siempre y cuando se conociera la combinación de dicho disco.

Bolt miró a Muthesius.

— ¿Cuál es la combinación?

—No... no sé...

—No sea estúpido. ¿Quiere otro golpe como el de antes?

—La... la combinación es C 1234 —tembló la voz de Muthesius.

Wade Bolt se limitó a accionar el dial, mientras Muthesius miraba a la desvanecida Desirée. Pero, siguiendo la dirección de aquella mirada, Bolt vio también la pistola, y comprendió las verdaderas y por supuesto muy lógicas intenciones de Muthesius. Así que procedió a hacer con él lo mismo que había hecho con la muchacha: presionó en su cuello con dos dedos, sin violencia de ninguna clase, y el hombre se desvaneció instantáneamente.

Ya tranquilo a este respecto, Bolt procedió a marcar la combinación en el disco, y segundos después el sonido interior indicaba que la tapa del sarcófago podía ya abrirse. Era muy pesada, pero se deslizaba por los goznes con suma facilidad, con una suavidad que indicaba que todo aquello había sido realizado, reconstruido, reformado, no hacía más de un mes. Finalmente, apareció la momia.

Entornados los párpados, Wade Bolt se quedó mirándola. Estuvo unos segundos mirando las vendas oscurecidas que la cubrían. Oscurecidas por el tiempo, y también agrietadas. Parecían auténticas, y como consecuencia Wade Bolt tuvo que pensar que se hallaba ante una auténtica momia, un auténtico cadáver de la época faraónica, Y sin embargo, Bolt comenzó a trabajar con el

destornillador, arrancando pedazos de sucia y viejísima venda. De pronto, tocó un obstáculo muchísimo más duro, y, siempre utilizando el destornillador, abrió un hueco hasta descubrir que en capas más profundas las vendas eran blancas y nuevas. Y debajo de tales vendas, que también fue apartando, le pareció ver un brillo metálico.

Tras breve reflexión, el agente de la CIA, decidió lo que más convenía hacer. No era aquel momento el adecuado para continuar examinando personalmente lo que podía contener de sorprendente aquella momia. Así pues, procedió a llenar la boca de Muthesius con trozos de venda más o menos podrida, y procedió a atarlo sólidamente de piernas y de brazos hasta asegurarse de que lo dejaba completamente inmóvil. A continuación, moviéndolo con facilidad, lo colocó en el hueco que había entre la puerta del sarcófago, y lo que evidentemente era una momia falsa. Encajó allí con una mínima dificultad a Muthesius, y acto seguido cerró la puerta del sarcófago.

—Te voy a matar, marica asqueroso —oyó el jadeo a su izquierda.

CAPITULO VIII

Con el lógico sobresalto, Wade Bolt se volvió hacia donde había sonado la voz. Y al mismo tiempo que se volvía, comprendía que se había confiado excesivamente con respecto a Desirée.

Ella estaba todavía en el suelo, pero con el codo derecho apuntalado en éste, y empuñando la pistola que él había arrebatado a Muthesius.

—Malo sería que me matase, Desirée —intentó sonreír, Bolt—. Pero también es malo que me insulte. ¿Dónde ha obtenido usted la información de que yo soy marica?

—Eres un cerdo marica —insistió ella—. De otro modo me habrías poseído cuando me ofrecí a ti.

—Me parece que eso sí me habría convertido en un cerdo —replicó secamente Bolt—. Bueno, y ahora vamos a dejarnos de tonterías. Deje esa pistola o las cosas van a complicarse.

— ¿Que deje la pistola? —emitió ella una risita de odio—. ¡Ahora vas a ver!

Wade Bolt vio perfectamente en los ojos de Desirée que ésta pensaba disparar contra él a matar. Lo vio con tal nitidez que notó como una explosión de frío en su estómago. Pero al mismo tiempo, el instinto de conservación fue lo predominante en el budoka-espía, que reaccionó por tanto con simple instinto. Se dejó caer al suelo como fulminado, a una velocidad que ni siquiera con los ojos pudo seguir Desirée, giró hacia ella, también velocísimamente, y, todavía girando, lanzó un puntapié en el mismo momento que la sobresaltada muchacha apretaba el gatillo de la pistola.

Las consecuencias del silencioso disparo efectuado por la bellísima Desirée, dejaron a Wade Bolt lívido, y muy lógicamente impresionado.

La bala, al recibir la muchacha el golpe en la mano por debajo, con lo que la pistola se alzó, le entró por debajo de la barbilla y le salió por la coronilla.

— ¡Por Dios! —pudo jadear Bolt, tras unos segundos de aterrada contemplación del cadáver de la muchacha.

Pero había que sobreponerse a la situación, pues estaba en juego su propia supervivencia. Aunque el disparo había sido efectuado con silenciador, siempre cabía el riesgo de que su leve chasquido hubiera sido oído por alguien que estuviera junto a la casamata.

Parecía, sin embargo, que no era así, y Wade tomó su decisión en muy

pocos segundos. Agarró a Desirée por los sobacos y la arrastró hasta detrás de una de las pequeñas pilas de cajas podridas.

Eso era lo que estaba haciendo el budoka-espía cuando comenzó a oír las voces que se acercaban rápidamente a la casamata.

Por un instante, Wade Bolt recordó la pistola que había quedado en la crispada mano de Desirée. Pero no; si llegado un momento de verdadero apuro recurría a las armas, no valía la pena nada de lo que estaba haciendo. Ya no valdría la pena nada de lo que pensase sobre su teoría.

Estaba ya oyendo los pasos de dos hombres en la entrada de la casamata, cuando oyó la lejana voz.

— ¡Hey, Philibert! —entendió perfectamente las palabras—. Se está acercando el yate. Será mejor que volváis los dos aquí.

Muy cerca de Wade Bolt sonó la voz de Philibert, el tipo con aspecto de negativo de fotografía.

—Grüen tiene razón. Si el yate se acerca, y puesto que ya hemos terminado de montar las poleas, será mejor que nos ocupemos inmediatamente de ello. Luego volveremos a ver qué dice el señor Muthesius.

El agente de la CIA y budoka, a duras penas pudo contener un suspiro de alivio. Estuvo vacilando respecto a qué debía hacer a continuación, pero la conclusión a que llegó no podía ser más cómoda ni lógica. Sonriendo, se dispuso a esperar que los hombres de Muthesius terminasen con la labor de cargar el sarcófago en el yate.

* * *

Poco después, Wade Bolt volvió a oír rumor de pasos en el exterior.

Para entonces, y a fin de evitar riesgos, utilizando a su favor el factor sorpresa, Bolt se había puesto de nuevo la mordaza, y colocado como si continuase atado en el mismo sitio en que lo habían dejado.

Apareció Philibert, pensativo y receloso, mirando a todos lados.

— ¿No ha visto por aquí al señor Muthesius? —preguntó.

Wade movió negativamente la cabeza. El otro se quedó mirándolo, frunció el ceño, y se acercó a él, acuclillándose delante.

—El sarcófago ya está en su yate, señor Bolt. Pero hay algo extraño: monsieur Muthesius y Desirée debían irse al refugio, según dijeron, y por consiguiente, su ausencia es lógica... pero al mismo tiempo no lo es. Me estoy

preguntando cómo se han ido de aquí, puesto que les dos coches y el camión están en el llano. Y dudo mucho que hayan ido a pie, porque de aquí al refugio hay más de seis millas. Extraño en verdad, ¿no le parece?

—Sí —dijo Wade Bolt, mientras la mordaza caía de su boca—, muy extraño, en efecto.

Philibert lanzó un respingo, y llevó la mano derecha adonde guardaba la pistola, mientras iniciaba un movimiento para ponerse en pie.

Así estaba, en precario equilibrio, cuando el tsuki propinado por Wade Bolt le acertó de lleno en la barbilla. Esta crujió como una caña seca, y la violencia del impacto recibido se expandió hacia la base del cráneo de Philibert, que también se partió, provocando su muerte.

Wade Bolt se puso en pie, y se acercó a la entrada de la casamata. Sabía que en vista de la ausencia prolongada de Philibert, los otros también irían a ver qué ocurría.

Y en efecto, muy poco después oyó el rumor de otros tres hombres acercándose.

Cuando, segundos más tarde, los tres hombres entraron en la casamata, ni remotamente podían sospechar lo que se les iba a venir encima.

Y cuando pudieron darse cuenta de lo que realmente estaba sucediendo, ya era demasiado tarde.

Frente a ellos apareció el estúpido millonario Wade Bolt, que en menos de cuatro segundos terminó con los tres.

El primero en caer bajo el tremendo dolor de una mae-geri en las partes genitales, que lo desvaneció fulminantemente, fue Jean. Acto seguido, y sin la menor transición, el puño derecho de Wade Bolt golpeaba con el dorso, en velocísimo latigazo, a Jacques en una sien, derribándolo sin sentido.

Jacques había tenido tiempo de tocar su pistola, y Grüen, incluso pudo agarrarla con los dedos y tirar de ella; justo en el momento en que la sacaba con obvias intenciones de apuntar a Wade Bolt, éste le descargaba lateralmente el tremendo shuto, el golpe con la mano rígida y horizontal, que, pasando bajo la barbilla de Grüen, golpeó en la garganta y lo tiró contra la pared muerto en el acto, con la tráquea destrozada.

La pelea no podía haber sido más rápida.

Wade Bolt miró entonces fuera de la casamata. Sabía ya que solamente quedaba fuera un enemigo, el llamado Enmanuel.

Y cuando pocos segundos después, tras salir de la casamata, lo vio, Emmanuel estaba detenido en el borde de las rocas, de cara al yate, y hablando con Elmer. Por supuesto, Elmer Wallen captó en el acto la presencia de Wade Bolt, puesto que él sí estaba orientado frente a la casamata. Pero también por supuesto, lo que hizo Elmer Wallen fue dedicar toda su astucia a conseguir que la atención de Emmanuel no se distrajese de lo que él estaba diciendo.

En realidad, Emmanuel salió beneficiado con esto.

Todo lo que supo fue que de pronto cayó la noche sobre él.

Y cuando cayó a los pies de Wade Bolt, éste se felicitó a sí mismo, porque al haber podido aplicarle un tegatana-ate en la nuca, con toda comodidad, se había ahorrado la necesidad de tener que matarlo.

—Ven, Elmer —llamó el millonario al capitán de su yate—. Tenemos algunas pequeñas cosas que resolver aquí en tierra.

—¿Estás bien? —preguntó ansiosamente Elmer Wallen.

—Claro que sí. Vamos, venid todos, que hay algunos pequeños asuntos que arreglar.

Realmente, no eran muchas las cosas que quedaban por arreglar.

Poco después, cuando el yate Snow se alejaba de allí quedaban unos hombres muertos y otros debidamente empaquetados para ser recogidos por personal adecuado de la CIA.

* * *

Cuando Wade abrió la puerta del sarcófago, con el yate en alta mar describiendo un arco bastante amplio para acercarse a Port-au-Prince, la mirada de Muthesius

estaba extraviada; se notaba en su expresión el miedo que le había estado atenazando. Lo primero que hizo Wade fue quitarle la mordaza, y luego lo sacó del sarcófago.

—Respire, Muthesius —dijo—, le sentará bien esta brisa.

—Pero... ¿qué ha hecho, Bolt? ¿Cómo es posible...?

—Si tengo tiempo, le explicaré mis métodos y le pondré al corriente de mis recursos. Elmer, di a Mi-chael y a Dago que vengan.

Elmer fue a cumplir el encargo. Mientras, Wade estaba quitando los

vendajes a Muthesius; cuando llegaron los tres hombres, Muthesius ya podía moverse libremente, pero estaba impresionado; no comprendía nada, a excepción de que Paula había estado en lo cierto.

Wade miró a Michael y a Dago.

—Probad a sacar de ahí la momia.

Los dos hombres obedecieron. Wade se equivocó: pensó que sería demasiado pesada, pero Michael y Dago podían manejarla. Aunque con cierta dificultad, la falsa momia pudo ser extraída del sarcófago.

—Magnífico —dijo Wade—. Trasladadla a la segunda bodega, al compartimiento camuflado. Colocad sobre la momia algún protector contra la humedad.

Los dos muchachos cargaron con la momia, que se veía destrozada. Jirones de vendaje antiguo, y zonas de blanco vendaje; presentaba un aspecto ciertamente grotesco.

Una vez hubieron desaparecido con su carga, Wade encendió un cigarrillo. Luego, miró a Elmer, e inquirió:

— ¿Tenemos conexión telefónica con Port-au-Prince?

—Sí, me ocupé de eso.

—Está bien. Vamos al despacho. Baje, Muthesius.

—Pero... ¿quién es usted? —murmuró Muthesius.

—Está pensando demasiado en sí mismo; ni siquiera pregunta por Desirée.

—Yo... no me atrevo a saber... No me atrevo a...

—Está perdiendo personalidad, seguridad en sí mismo, confianza en sus fuerzas. Abajo.

— ¡Está bien! ¿Qué ha hecho con Desirée?

—Ya lo verá. De usted depende que la vuelva a ver o no.

— ¿Está en el yate?

—Sí —mintió Wade.

—Quiero verla.

—Lo comprendo, pero tendrá que aguardar. Primero, le haré unas

preguntas: ahora soy yo el anfitrión, así que procure ser un invitado complaciente y dócil. Yo lo fui, hasta cierto punto, ¿no está de acuerdo?

Muthesius vaciló. Echó luego un rápido vistazo en torno, pero no veía la menor posibilidad de fuga, de dar un giro a la situación. Le obsesionaba Bolt, aquella nueva personalidad, la acerada mirada de aquel hombre, la fiereza de sus rasgos... ¿Cómo había podido cometer un error tan tremendo con aquel hombre?

Tuvo que bajar. Pasaron al pequeño y lujoso despacho que Wade tenía instalado en el yate. Allí no había papeles, ni nada que tuviera que ver con negocios, ni firmas, ni cartas... Sobre la mesa no había más que teléfonos, y una horrible muñeca negra, con pelo amarillo liso, una muñeca en verdad repelente. Muthesius no entendía nada. Quedó sentado ante Wade. Detrás de Muthesius, estaba Elmer, silencioso.

—Bien, Muthesius: ¿quién asesinó a Souci Clairmont? —fue lo primero que preguntó Wade.

—Fue Paula.

— ¿Por qué lo hizo?

—Conocía a ese Clairmont, temía que éste la delatase.

—Ya..., ¿por qué había de delatarla? ¿Por las actividades de espionaje de Paula?

—Sí, sí, desde luego...

—Bien. Ya hablaremos más sobre Paula. Ahora, Muthesius, le ruego que realice una llamada telefónica a Paula. Usted sabe su número. Dígale que todo ha ido bien, que la momia ya está en el yate, rumbo a Florida, pero que ha pensado algo distinto con respecto al dinero que va a recibir por el rescate de Bolt, y que quiere hablar con ella. Dígale que le espere en la suite 22 del hotel Virgen Santísima, en el puerto de Port-au-Prince.

—Está bien, pero en este hotel no habrá nadie... ¿O irá usted acaso allí?

—Llame.

Muthesius aún vacilaba; pero sólo unos segundos. Aquello, en realidad, no parecía excesivamente peligroso. Una llamada fácil...

— ¿Sí? —sonó, cautelosa, la voz de la espía, tras unos segundos de espera.

—Soy yo, Paula —miró a Wade, que le hacía señas, y agregó—: Te espero dentro de veinte minutos en la suite 22 del hotel Virgen Santísima. Está en la

zona del puerto —miró a Wade, de nuevo—: Es discreto. Estoy con Desirée, y hemos de hablar. Lo demás, todo bien, sin problemas.

—Pero ¿sobre qué hemos de hablar?

—Quiero tu opinión sobre un pequeño cambio de planes, eso es todo.

—Está bien.

Wade le quitó el teléfono a Muthesius, y colgó. Luego, ante la mirada de Muthesius, empezó a manipular con la horrenda muñequita que el millonario tenía al alcance de su mano. Tras jugar un poquito con ella, prestó de nuevo atención a Muthesius, y dijo:

—Soy agente de la CIA, Muthesius. Y ya aclaradas, por lo menos en parte, sus dudas, vayamos al grano: quiero saber todo lo relativo a la falsa momia.

La palidez de Muthesius era fantasmal; parecía incrédulo. No, no... Mentira: el idiota millonario le estaba gastando una broma, claro.

—No diré nada —se resistió, aún.

—Recuerde a Desirée —dijo Wade, fruncido el ceño.

—Está bien... Quiero aclarar algo: yo no soy espía... Lo que le conté de mí es cierto, me he dedicado los últimos tiempos a monedero falso. Nunca me metí en líos de espionaje, ésta es la primera vez... Debe creerme, Bolt. Por tanto, considero que lo que yo voy a decir tiene tanto valor como mi vida y la de Desirée. Usted tiene que prometerme la libertad de ambos... Yo ya sólo quiero huir de este affaire.

—Bien, quizá lo consiga, si se porta inteligentemente conmigo. Adelante con su explicación.

—Es mentira que la momia sea donación de una Asociación Cultural —jadeó Muthesius—. Es... otra cosa... muy distinta. Es... increíble la que han estado haciendo esos agentes de Pekín.

— ¿Paula es agente de Pekín?

—Sí... Es decir, lo fue hasta que traicionó a sus jefes y compañeros de Pekín por causa de la falsa momia.

— ¿Y Consenzi?

—También es agente de Pekín, pero él no ha cometido traición, sino que, precisamente, ha venido aquí en busca de los traidores. Consenzi ha sido un agente de relaciones públicas, podría decirse, en esta ocasión. Otro agente de

Pekín era Henri Marot, el conservador del Museo de Port-au-Prince... Entre Henri Marot y Paula, según órdenes de Pekín, debían custodiar la momia, incluso estando ésta en el Museo, y esperar órdenes; pero Paula mató a Marot. Le mató porque éste se habría dado cuenta de la traición de Paula, máxime después del robo de la falsa momia.

—Entiendo. Paula, entonces, ha atraído sobre ella las iras de Pekín. Desde allí, al conocer la desaparición de la momia, han enviado a Consenzi, para que lo averigüe todo al respecto, aparte de continuar dirigiendo y organizando el asunto.

—Eso es. Ya vio en la quinta... Cuando nos consideramos atacados por Consenzi nos asustamos y adelantamos la huida. Y en realidad, fue usted quien precipitó las cosas, ¿verdad?

—En efecto. Y todo esto ha de ser algo muy importante para que ustedes se hayan atrevido, nada menos que a desafiar la organización de espionaje de Pekín.

—Sí, lo es... Han trabajado mucho... Han realizado un magnífico juego subterráneo, que no les va a servir de nada, ahora. Un juego un poco lento, pero eficacísimo: los agentes chinos, fingiéndose arqueólogos, han trabado una serie de relaciones con Museos de Estados Unidos...

— ¿Con qué objeto?

—En algunos Museos, en ciudades de Estados Unidos, hay ciertas momias..., que no son exactamente momias.

— ¿Cuántas ciudades exactamente? Es decir: ¿cuántas momias falsas han introducido los chinos, en mi país?

—Cuatro: En Baton Rouge, en Luisiana; Corpus Christi, en Texas; Detroit, en Michigan, y New York City.

— ¿Por qué esas cuatro ciudades? Pero antes, diga: ¿qué contienen, qué son esas momias falsas? —exigió Wade.

Muthesius, era verdad, no estaba al corriente del mundo del espionaje; no entendía muchas cosas, pero sí estaba comprendiendo en aquellos momentos el auténtico alcance de lo que sabía. Por intuición, estaba penetrando en su mente la importancia de aquel secreto chino. Y en realidad, la llegada de Consenzi no era más que un preludio de un movimiento de espías chinos a marchas forzadas... Pero no llegarían a tiempo. No llegarían, porque él iba a decir la verdad, para salvarse.

—Son... son bombas atómicas... Cuatro momias, en cuatro museos

distintos, en diferentes ciudades, son... bombas atómicas... —decía Muthesius, aterrado, ante la palidez cadavérica de Wade.

—Elmer, llama a la Central —articuló el budoka-espía—: deben retirar inmediatamente esas momias. Con toda discreción, con todo cuidado. Pasaré más instrucciones, luego. Comunica ahora mismo. No hace falta que te diga que es urgentísimo, ¿verdad?

CAPITULO IX

Tras la salida de Elmer del despacho, Wade aún tardó más de un minuto en volver a hablar. Mirando a Muthesius con fijeza, dijo, por fin:

—Se supone entonces, que yo llevo en el yate la quinta bomba atómica, que debe ser instalada en otro Museo de Estados Unidos.

Muthesius negó con un movimiento de cabeza; realizó un gesto tendente a alisar el primoroso flequillo que llevaba sobre la frente. Muthesius, ciertamente estaba muy lejos de ser el hombre almibarado, vestido con sarong, sibarita, amante de la belleza y de los misterios que fue sólo unas horas antes.

— ¿No llevo la quinta bomba atómica? —insistió Wade.

—No es eso... En realidad, el sarcófago que usted transporta en este momento no debió salir nunca de Haití; concretamente, de Port-au-Prince. Este sarcófago, debía estar en el Museo de Port-au-Prince.

—No entiendo la amenaza a Haití, a este pequeño país —dijo Wade.

—No es una amenaza. Este sarcófago, insisto, debía quedar en el museo de Port-au-Prince, bajo la custodia de Henri Marot y de Paula Edgars. Ambos eran los controles, y lo único que debían hacer era conservar el sarcófago. El sarcófago que llevamos con nosotros en estos momentos, contienen el control remoto de las cuatro bombas atómicas que amenazan las ciudades americanas que le he dicho. Por lo tanto, desde Haití, con toda impunidad y calma, en un momento dado, cualquier agente de Pekín habría-podido hacer estallar esas cuatro bombas, con sólo accionar el control remoto instalado bajo el caparazón de una momia falsa.

—Comprendo —dijo Wade—. Una labor excelente, que desbarata una traidora; me refiero a Paula. ¿Por qué la traición de Paula?

—Por dinero... Me dijo que podríamos obtener una lluvia de millones teniendo ese control en nuestro poder.

—Lo creo. ¿A quién pensaban pedirle el dinero?

—Paula decía que Estados Unidos, el país directamente amenazado, pagaría más que nadie. Íbamos a poner en práctica un plan para solicitar ese dinero... Paula dijo que era posible que su gobierno no accediera al pago, y, según ella, para convencerles no había que hacer otra cosa que hacer estallar una de las bombas atómicas.

—Ya... Diabólica Paula, ¿no es cierto? —musitó Wade.

—Es de hielo... Sólo vive para la ambición, por lo que he visto. A veces, tenía mis dudas de que pensara jugar limpio conmigo.

—Explíqueme por qué había que entrar el sarcófago en Estados Unidos, puesto que, si no he entendido mal, ese control remoto podía y debía, en su origen, ser accionado desde Port-au-Prince, sin riesgos.

—Evidentemente, Paula temía que aquí fuésemos descubiertos. No debíamos permanecer en Haití, por lo tanto. Por otra parte, dado que aún sin mucho ruido, se había publicado la noticia de la desaparición de la momia, temíamos dificultades, indiscreciones, si la queríamos sacar de Haití por nuestros propios medios.

—Entiendo. Y Bolt, todavía iba a resultar más útil, con su yate. Sólo que meterse precisamente conmigo, fue un error. ¿No le parece?

—Pensé que usted, tan conocido, tan famoso, con sus cosas excéntricas, podría pasar ese sarcófago con facilidad, sin trabas... Ese era el plan: el mismo hombre que' espera el dinero en Estados Unidos, habría ido a recoger la momia, en Florida.

—Buen plan, Muthesius. Y a mí me hubiese matado, ¿no?

— ¡No, no! —respingó Muthesius—: Le aseguro que yo no...

—Le oí cuando se lo decía a Desirée en la casamata.

Muthesius inclinó la cabeza.

— ¿No pudo hacer las cosas de otro modo, Muthesius? Tal vez se cegó ante la perspectiva de pedir por mi rescate cinco millones.

—Ese dinero empezaba a ser imprescindible, y de no haberlo secuestrado a usted, habría tenido que pensar otra cosa, como por ejemplo, asaltar un casino de juego. El dinero era para el pago de los agentes, o enlaces, que han actuado al lado de Paula en el affaire; gente que también traicionan Pekín. Paula debía reunir ese dinero para poder pagar a esos hombres. Sin dinero sin sus exigencias, sin esos cinco millones de dólares por adelantado, quizá no habríamos podido seguir adelante. Era, pues, urgente tener el dinero... De ahí que, en efecto, al saber que el millonario Wade Bolt estaba en Port-au-Prince, tuviese... la gran idea.

En aquel momento, regresó Elmer.

—Están ya avisando por radio a esas ciudades, Wade. No sabían nada; no se había producido ninguna alarma, ninguna amenaza, nada.

—Lo sé.

—Wade, ¿llevamos, nosotros, la quinta...? —empezó Elmer.

—No. Es el control remoto de las otras. Habrá que buscar el medio de que esa falsa momia pase a manos de nuestros técnicos, para que sea examinada. Bien, no será difícil.

—Bolt, quiero ver a Desirée —dijo, Muthesius.

—Pronto la verá.

—Exijo que sea ahora mismo.

—Aún quiero hacerle otra pregunta —dijo—. ¿Se eligieron esas cuatro ciudades por algo especial, o por simple azar?

—No, no fue por azar, desde luego. Baton Rouge fue elegida por sus refinerías de petróleo. Corpus Christi, por los oleoductos que, naciendo allí, recorren gran parte del país. Detroit, por su monstruosa industria. Y Nueva York, por la concentración humana... Lo estudiaron así, según dijo Paula. Y ahora, quiero ver a Desirée.

Wade no se molestó en restañar las gotas de sudor que habían aparecido en su frente. La imagen de un hombre tuerto, un mulato llamado Souci Clairmont, vibró en su mente, en su recuerdo. De no ser por el sexto sentido de Souci al desconfiar de Marot y Paula, con los que les obligó a eliminarlo, podía haber ocurrido una auténtica catástrofe.

— ¡Quiero verla! —casi gritó Muthesius.

Wade se limitó a decir, tras haber echado un vistazo a su reloj de pulsera, y tocar la fea muñeca que tenía sobre la mesa:

—Aguarde aún: Creo que van a ocurrir cosas.

— ¿Qué cosas? Mire, no me interesa lo...

—Yo creo que sí. Cállese y escuche. Asegúrate de que queda bien atado y vigilado, Elmer. Yo voy a terminar adecuadamente este asunto.

Muthesius lo miró, sorprendido, pero Bolt salió rápidamente, así que el sujeto del flequillo dedicó toda su atención a la muñeca. En ella se oían unos débiles rumores, nada concreto, definible. Se oyó, de pronto, una llamada; un zumbador, parecía. Luego, unos crujidos..., pasos. Eran pasos. La muñeca registraba cosas muy extrañas, en opinión de Muthesius...

* * *

El hombre había echado un vistazo por la mirilla, y su rostro mongólico parecía haberse alterado, a causa de la sorpresa.

Era, en efecto, un tipo fuerte, de ojos oblicuos, negros, impenetrables, y el cráneo rapado... Su mano, gruesa, fuerte, fue hacia el costado izquierdo, y tomó la pistola. A continuación, sin más dilaciones, abrió 1a puerta de la suite.

Su zurda, lanzada como un rayo, atrapó el brazo derecho de Paula, y bastó un tirón para que ésta, súbitamente aterrada, sin comprender lo que ocurría, se encontrase en el interior de la estancia, con la puerta cerrada, y las anchas espaldas de Consenzi cubriéndola, mientras que en la diestra del tipo aparecía la automática, alargada por el tubo silenciador del arma.

—Tú... ¡Tú, Munro...! Bien, yo...

—Sigue, Paula. Es una gran sorpresa, pero, cosa rara, creo percibir que tú estás tan sorprendida como yo. Hasta se diría que no sabías a quién ibas a encontrar aquí... ¿Acaso acierto?

Paula parecía haber perdido la voz, y, peor todavía parecía que del interior de su cráneo había huido el cerebro, porque no lograba pensar nada, no lograba coordinar sus ideas... ¿Cómo era posible? Muthesius le había dicho que allí estaría él, con Desirée... ¡Y era Consenzi quien estaba!

Tal vez Muthesius la había engañado... O quizá Consenzi ya había eliminado a Muthesius y a Desirée... De ser así, habría hablado con ellos, y sabía que Paula, que ella misma, era la traidora, la que había manejado el affaire traidor para Pekín, en beneficio de ella misma... ¡Consenzi lo sabía, y estaba allí, para hacer de verdugo!

—Estás extraña, Paula...

—Munro, debes creerme: Muthesius te ha mentido en todo...

— ¿Muthesius? ¿Quién es, querida?

— ¡Lo sabes bien! ¡Debes haberle matado, y eso no me importa, en realidad! Yo... yo no te traicioné... El me obligó...

—Entonces, Paula, mis sospechas eran ciertas; todo se debe a un acto de traición... Y has sido tú: ¡tienes la momia-control!

—La tiene Muthesius... ¡Te lo juro! ¡Pero lo sabes, estás jugando conmigo! ¡Les has matado, y ya lo sabes todo! Es decir, lo que él ha querido decirte, y sin duda muchas mentiras... Tú lo sabes porque estuviste en su quinta, y debiste seguirle luego, y...

—Ya basta, Paula. No sé quién es ese hombre, no he estado en ninguna quinta. ¿Te propones desconcertarme con esa sarta de mentiras?

Paula no entendía nada. Muthesius la había citado allí, y allí sólo estaba Consenzi. Y Consenzi la estaba volviendo loca... ¡No sabía nada ni había estado en la quinta! De ser así, ella había cometido un tremendo error. Pero no... No podía ser. Consenzi se estaba burlando de ella.

— ¿Dónde está la momia-control, Paula?

—Te lo ha debido decir Muthesius.

—Repito: no conozco a ese hombre.

— ¡Mientes! ¿Qué te propones?

—Paula, estoy perdiendo la paciencia. La verdad es que no entiendo nada. Jamás esperaba verte aparecer aquí, y acusándote. Yo no pensaba... ¡Quieta! ¡Quieta...!

Paula perdió la serenidad. Tenía la pistola en el bolso, a su alcance. Podía deshacerse de Consenzi, y averiguar qué significaba todo aquello. Y hasta consiguió extraer parte de la pistola, y apretar el gatillo, aunque sólo fuese para que Consenzi le permitiera una mayor libertad de movimientos. Pero Consenzi, tras un respingo, furioso, viendo el contraído rostro de Paula, tuvo que disparar a su vez; chasquidos casi silenciosos... Y luego, el grito cortado y ronco de Paula. Se oyó también un choque. Paula estaba de rodillas en el suelo, con las dos manos en el pecho, manchándoselas de sangre...

—No has debido hacerlo - mascculló Consenzi—, Di-me: ¿quién es Muthesius? Dime dónde está él y la momia-control.

Paula aún miraba a Consenzi cuando en su barbilla aparecían hilillos de sangre que manaban de la boca Y, de pronto, Paula respingó, y casi se le desorbitaron les ojos, al comprender, o creer comprender lo ocurri-

do: ¡Muthesius le había tendido aquella trampa! Muthesius sí

—Habla, Paula... ¡Habla!

—Busca a... a Muthesius...

— ¿Dónde está? ¿Dónde, dónde, dónde...? ¡Paula!

La cabeza de Paula había golpeado contra el suelo, quedando de lado. Cosenzi se quedó mirando el ojo derecho, que había quedado fijo, como congelado. Puso dos dedos en aquel lado del cuello de Paula, pero, realmente,

sabía ya que estaba muerta.

— ¡Maldita seas! —farfulló.

Se incorporó, estuvo unos segundos pensativo, y de pronto reaccionó, dirigiéndose hacia el armario. Lo abrió, y comenzó a sacar rápidamente todas sus cosas, que fue metiendo en la maleta. No le gustaba aquello No, no le gustaba aquello, porque quedaba bien claro que alguien estaba haciendo su propio juego... Y a él no le gustaba jugar cuando no sabía de qué iba. Si Paula había acudido allí, era porque alguien la había enviado. ¿Quién? ¿El tal Muthesius? Le pareció absurdo: si Muthesius hubiese querido perjudicar a Paula, le habría bastado con matarla. ¿Por qué arriesgarse a enviarla a donde estaba él, corriendo el riesgo de que Paula le dijese dónde estaba Muthesius?

No, no, no... No había sido el tal Muthesius. Entonces, ¿quién había sido? ¿Cuál era el juego?

Cerró la maleta, echó un vistazo alrededor, y asintió. Nunca se dejaba nada, pero siempre era bueno asegurarse. Un espía de su categoría no podía cometer errores pequeños..., y menos aún, grandes, naturalmente.

Abandonó su habitación, y poco después liquidaba su cuenta en el hotel, diciendo que había surgido un asunto urgentísimo que le obligaba a marcharse. Salió del hotel, fue adonde tenía el coche alquilado, y se sentó ante el volante, tras tirar la maleta al asiento de atrás. Acababa de dar en el encendido, cuando la portezuela de la derecha se abrió, y un hombre entró, sentándose a su lado. El albanés se quedó mirándolo vivamente, sobresaltado.

—Oiga, ¿qué demonios...?

— ¿Qué tal, Consenzi? Arranque: vamos a dar un paseo. Yo le iré diciendo hacia dónde.

Munro Consenzi se quedó mirando al desconocido. Un impresionante sujeto de metro ochenta, calculó; ojos grises, cabellos castaños, barbilla puntiaguda... Al mirar las manos del desconocido en busca de un arma, Consenzi se sorprendió grandemente al no ver arma alguna. Pero, a la sorpresa, sustituyó rápidamente la suspicacia, la desconfianza... Por fin, la comprensión

Entonces. Munro Cosenzi sonrió, y señaló las manos de Wade Bolt.

— ¿Karate? —murmuró.

Wade se miró un instante las manos, grandes duras con aspecto de estar hechas de roca. Asintió con un ges-to, y señaló hacia delante. Munro Consenzi recordó que el llevaba una pistola, y tuvo la certeza de que, en

cambio, su acompañante no llevaba arma alguna Entonces..., ¿en qué confiaba? Para Munro Consenzi era impensable que un hombre hicies.e aquello sin estar bien respaldado, de modo que tuvo que comprender Mejor dicho, creyó comprender: aquel hombre no estaba solo. Cerca de ellos debía haber más hombres, sin duda bien armados, de modo que si él intentaba algo no saldría con vida del coche. Por otra parte, quizá el karateka si llevase algún arma... De todos modos, y aunque sabía que cuando se pusiesen en marcha, otro coche con más hombres saldrían en pos de ellos. Consenzi se dijo que era una estupidez jugarse la vida, si podía evitarlo.

Así pues, arrancó. Miró a Bolt.

— ¿Ha sido usted quien ha enviado a Paula a mi habitación?

—Sí Quería que usted se asustase, y que fuese en busca de otros agentes chinos, para cazarlos a todos. Pero al verle salir con la maleta, he comprendido que ha ocurrido algo imprevisto por mí... Sobre todo al no ver salir a Paula con usted, para llevarle con sus amigos... ¿La ha matado?

Consenzi apretó los labios, y fijó la mirada ante él, como si no hubiese oído. Wade Bolt no repitió la pregunta ni una sola vez. Se limitó a ir señalando el camino a Consenzi, que de cuando en cuando miraba por el retrovisor en busca de los amigos del hombre que viajaba a su lado. Parecía que no les seguía nadie, pero Lo mejor era asegurarse. Parecía que iban fuera de la ciudad, en efecto. Pues bien, cuando estuviesen fuera, sería fácil comprobar si algún coche les seguía o no. Y si no les seguía, si estaban solos, iba a acribillar a aquel idiota, lo tiraría a un lado del camino, y se largaría cuanto antes de Port-au-Prince.

Pero los planes de Consenzi sufrieron un cambio que él no esperaba. Justo cuando empezaba a convencerse de que ningún coche iba tras ellos, Bolt metió la mano bajo su chaqueta, con rápido gesto, y le quitó la pistola Antes de que Consenzi hubiese podido reaccionar, la pistola salió por la ventanilla, cayendo entre unas matas. Cuando Consenzi miró a Bolt, éste le sonrió irónicamente.

—No —movió la cabeza—, nadie nos sigue. Estamos solos en el campo, Consenzi. Salga del camino...Hacia aquellos árboles.

Consenzi entornó los párpados, y asintió. Poco después, detenía el coche bajo unos árboles, paró el motor, y se volvió a mirar a Bolt.

— ¿Por qué me ha traído aquí?

—Por tres motivos. Uno, porque estamos cerca de unos amigos míos que me esperan en un yate Dos, por-que quería salir con usted de la ciudad

rápidamente, a fin de evitar que alguien pudiese darse cuenta de su situación. Tres, porque quiero evitarle a usted un mal rato en manos de mis compañeros de la CIA, así que será mejor que hable conmigo.

—Me gusta usted —sonrió Munro Consenzi—: ¡Me gusta, se lo juro!

—Usted a mí, no. ¿Era necesario matar a Paula?

—No tuve más remedio —farfulló el albanés—. A veces, ocurren las cosas; eso es todo.

Wade Bolt asintió con un gesto, recordando la muerte de Desirée. Su gesto se tomó un tanto sombrío. Si, a veces ocurren las cosas porque los demás así lo quieren...

—Está bien. Quiero que me diga cómo está exactamente el asunto de las momias. Sabemos dónde están las primeras cuatro, y tenemos el detonador a distancia, o sea, la quinta momia. Pero quizá haya algo más en marcha.

—No.

—De acuerdo. ¿Cuántos hombres colaboradores del servicio secreto chino han venido a Haití con usted?

— ¡Es usted listísimo! —rio Consenzi—. ¡El servicio secreto chino...! ¡Pero hombre...!, ¿realmente piensa que el Lien Lo Pou tiene algo que ver en esto?

— ¿No?

— ¡Claro que no! No es el Lien Lo Pou quien lo ha organizado, sino un grupo de chinos importantes de Pekín, que están preparando su propia jugada en China. Una revolución para ocupar el poder. Un poder que demostraría al pueblo, para ponerlo de su lado a las buenas o a las malas, haciendo, estallar esas bombas atómicas en Estados Unidos.

—Lo que significa que el gobierno de Pekín ignora esto.

— ¡Naturalmente! Ya le digo que somos un grupo especial...dentro del propio gobierno chino, se entiende.

—Pero no se trata del gobierno oficial chino, sino de unos traidores. ¿Sabe, Consenzi?: ¡ésa es una buena noticia! Tan buena, que voy a desinteresarme de los nombres de sus insignificantes colaboradores en Haití, para hacer preguntas con más profundidad: ¿Quiénes son esos traidores al gobierno de Pekín?

— ¿Para qué quiere saberlo? ¿Para que sus compañeros de la CIA los

eliminen?

—No será necesario: simplemente, la CIA avisará al Lien Lo Pou, y éste se encargará de los traidores. ¿Los nombres?

—Usted está loco si cree que voy a decírselos.

—Tengo entendido —sonrió secamente Wade— que es usted un gran experto en Kempo..., y algunas cosillas más.

—Es posible —sonrió también Consenzi.

—-¿Sabe, Consenzi? No me gustan los tipos como usted. . En el fondo, siento unos deseos terribles de romperle la cara, de machacarlo como a una bestia rabiosa. Pero usted debe saber muy bien que lo que yo pudiese hacerle no es nada con lo que le ocurrirá, si cae en manos de la CIA, para ser interrogado como requiere un asunto de esta envergadura. No vamos a engañarnos, ¿verdad?: usted sabe muy bien que acabaría diciéndolo todo.

—Quizá. Pero me parece que a usted le repugnan esos métodos.

—Así es.

—Le propongo un trato —rio el albanés—. Salgamos del coche, y enfrentémonos. Si le venzo, le mataré y me iré de aquí con el coche. Si me vence usted y no me mata, yo le diré inmediatamente y sin más complicaciones esos nombres. ¿Qué dice, karateka? ¿Sí o no?

Wade Bolt se pasó la lengua por los labios. Luego, sin más, salió del coche, se quitó la chaqueta, y la tiró sobre el asiento. Munro Consenzi sonrió de nuevo, se apeó a su vez, y se quitó también la chaqueta. Cuando se quitó la camisa, quedó al descubierto el más imponente torso que Walde Bolt había visto en su vida. Cosenzi no era muy alto, pero su torso era de gigante, con unos brazos enormes, llenos de nudos de músculos por todas partes. Sobre su cuello de toro, la cabeza rapada casi parecía diminuta, ahora... Se acercó a un árbol, disparó su puño derecho, y una rama saltó convertida en astillas. Riendo, el experto en Kempo se volvió a mirar a su adversario, también desnudo de cintura para arriba, Wade Bolt era un auténtico atleta rebosante de músculos, pero su torso parecía el de un niño comparado con el del albanés, y sus manos eran más pequeñas y delgadas.

—Podríamos decir que van a luchar el tigre y el oso —rio de nuevo Consenzi—. ¡Naturalmente, el oso soy yo! ¿Preparado?

—Sí.

— ¡Usted me gusta! —insistió el albanés—, ¡Me gusta!

Pero al mismo tiempo que decía esto, lanzó un puñetazo hacia la zona baja del abdomen de Bolt, y cuando éste efectuó la parada, disparó el otro puño..., que también fue detenido hábilmente por el budoka-espía, quien devolvió el golpe, que, a su vez, fue desviado por él.

— ¡Bien! —rio éste—. ¡Nos vamos a divertir, karateka!

Wade Bolt dio un paso hacia Consenzi, alzó la pierna derecha apenas un metro, y cuando el albanés efectuaba un gesto para desviarla, la desvió por su propia voluntad, consiguiendo un yoko-geri perfecto: la punta de su pie golpeó a Consenzi tras la oreja izquierda, desplazándolo a trompicones hacia la derecha..., de modo que allí lo recogió con el otro pie, en escalofriante mae-geri a los genitales. Munro Consenzi lanzó un bramido, se llevó las manos allí mentras saltaba, y cayó de rodillas... Otro mae-geri fue directo a su rostro.

Pero donde las dan, las toman. Consenzi desvió el pie de Bolt, y disparó su otro puño, alcanzando al budoka-espía por encima del ombligo, casi en el tanden, o punto donde se concentra toda la energía vital del ser humano ... El golpe fue tan fuerte que Wade Bolt salió volando, cayó sentado, y luego de espaldas... Le pareció que el mundo retemblaba, sacudió la cabeza, y vio llegar al oso, con los dos puños por delante... ¡Brrraammm!, crujió su cabeza cuando el siguiente golpe de Consenzi le alcanzó en la frente. Rodó hacia atrás, aturdido, pero se puso en pie, por simple instinto... El golpe en el pecho lo alzó como si fuese un muñeco de paja, derribándolo dos metros más allá. Se sentía como atravesado por una lanza... No veía nada. Pero oía de nuevo retemblar el mundo, y comprendía que el oso no cesaba en su acoso. Lo iba a matar. Sí, Munro Consenzi era mucho más fuerte que él, lo iba a matar... ¡Lo estaba matando ya!

Sacudió la cabeza, vio al albanés, disparó un tsuki con toda la fuerza que pudo reunir. Alcanzó al oso en el centro del pecho, pero al mismo tiempo él recibía otro golpe... Su costillas crujieron, de nuevo fue alzado y derribado un par de metros más allá. Se puso en pie, dobladas las rodillas hacia dentro, sosteniéndose con dificultad. Le silbaban los oídos, le dolía todo el cuerpo. El suelo retemblaba otra vez. Y otra vez sacudió la cabeza Wade Bolt, consiguiendo aclarar su visión.

En aquel mismo instante, en una fracción de segundo, las palabras de Sensei acudieron a su memoria como un estallido:

“Es absurdo pensar que podemos derribar un muro de dos metros de espesor a patadas o puñetazos —sonó la voz del Maestro, dentro de su cabeza —. Quien pretenda eso es sólo un loco que se romperá los pies y las manos. En cambio, será inteligente si decide no atacar directamente al muro, no oponerse a toda la fuerza de éste, a la vez. Así pues..., ¿por qué no comenzar por lo alto del muro, arrancando uno de sus ladrillos, luego otro, y otro, y

otro...? Es más lento, pero el muro será derribado...”

Y él había empezado la pelea del modo más opuesto posible: enfrentando su potencia de impacto a la del albanés.

Ya no lo iba a hacer más...

Se apartó a tiempo de oír el silbido del puño junto a él, y disparó su puño hacia un ojo de Consenzi. Este lanzó un berrido, se detuvo, y se llevó las manos al punto golpeado. Wade Bolt pasó a su espalda, alzó el pie en yoko-geri de nuevo, y la punta fue a dar en un lado de la boca de Consenzi, reventándote el labio inferior... Con un nuevo berrido, el oso giró..., para recibir un puntapié en una oreja. Bramando como una bestia, se abalanzó hacia Bolt, pero éste ya había aprendido la lección... Su puño izquierdo acertó de lleno en el otro ojo a Cosenzi, que comenzó a chillar agudamente... De nuevo un puño de Bolt te alcanzó, en el otro ojo, ahora en inesperado ura-ken... Otro puntapié en una oreja, otro en la garganta... Munro Cosenzi chillaba, rugía, mientras de su ojo reventado el líquido se deslizaba por el rostro... Su boca estalló en un surtidor de sangre y de dientes partidos, un pómulo se hundió bajo un tsuki escalofriante; tres costillas fueron hundidas de otro golpe propinado por el agilísimo adversario al que no podía ver ni seguir en sus movimientos..., mientras los golpes seguían llegando de todos lados, y el muro comenzaba a perder toda su fuerza...

— ¡Basta! —chilló el oso—. ¡BASTAAAAAAA...!

Los golpes dejaron de llegar. Munro Cosenzi quedo inmóvil, como clavados sus enormes pies al suelo, jadeando, escupiendo sangre. Tenía un ojo reventado, y el otro cegado por el sudor y la sangre que cubría toda su cabeza. Todo su cuerpo temblaba, sus manos se tendían implorantes...

—Basta... Por favor, basta...

—Está bien... —jadeó Bolt—. Vamos al coche, le llevaré para que lo curen. Deje que le ayude.

Se acercó, tomó a Cosenzi de un brazo, y lo orientó hacia el coche... Si no hubiese estado tocando un brazo, del oso, Wade Bolt habría muerto allí mismo. Pero, al tocar el brazo, notó la súbita tensión en éste, y supo que Cosenzi iba a hacer algo, iba a intentar algo... Saltó hacia un lado, y la navaja aparecida en la mano izquierda del albanés pasó rozando su vientre.

— ¡Esto te enseñará...!

Por un instante, Wade Bolt lo vio todo rojo por la furia. Dio un paso hacia Cosenzi dispuesto a matarlo de un golpe en la sien, cegado, ofuscado, perdido todo control. Y en el mismo momento en que se disponía a disparar el puño,

pensó en lo que podrían hacer, desde Pekín, aquellos revolucionarios, aquellos traidores al gobierno chino...

— ¡DAOAOOAAAAOOOOOOO...! —lanzó su kiaki, al mismo tiempo que disparaba el puño hacia el hombro izquierdo de Cosenzi. La navaja saltó, Cosenzi cayó rodando, se puso de rodillas, y alzó las manos.

—No... —imploró—. No más... ¡No más!

* * *

Elmer dio un tremendo salto al verlo, palideciendo.

— ¡Wade! —aulló—, ¿Qué te ha pasado?

—Tengo a Munro Consenzi en un coche, ahí fuera —suspiró Bolt, dejándose caer, en el diván del saloncito del yate—. Id a buscarlo, yo ya no puedo más. Le vamos a hacer un gran servicio a los chinos.

— ¿Nosotros? ¿A los chinos?

—Cosas del espionaje —intentó sonreír el magullado budoka-espía—. A los chinos, a Estados Unidos, y posiblemente al mundo, pues es imposible calcular las consecuencias del plan de unos cuantos chinos traidores de Pekín.

—Pero... ¿de qué estás hablando?

—Ya te lo explicaré. Voy a darme un baño, y luego Un momento. ¿Dónde está Muthesius?

Elmer tragó saliva y desvió la mirada.

—No está —dijo.

— ¿Dónde está? —se alarmó Wade.

—Bien... Verás lo que pasó... Me aseguré de que él estaba bien atado, y me dediqué..., bueno, nos dedicamos los dos a oír lo que pasaba en la habitación de Munro, hasta que éste salió. Luego, Muthesius se puso pesado exigiendo ver a su chica, la tal Desirée..., y tuve que decirle que había muerto.

— ¿Y...?

—Se quedó... como un pajarito bajo la tormenta, quieto, silencioso. Incluso me pareció que no me había oído. De pronto, me miró, muy pálido, y me dijo que quería respirar un poco de aire fresco, en cubierta. Me pareció que no debía negárselo... Bueno, subimos a cubierta, y entonces él corrió hacia la borda, y saltó al agua. Y ya no salió.

Wade Bolt miraba aterrado al capitán de su yate. Por fin, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y musitó:

—Avisa al jefe: que venga a hacerse cargo de todo.

ESTE ES EL FINAL

Sentado ante la mesa de su despacho en el yate, Wade Bolt releyó la carta que había terminado de escribir. Decía:

“Amado Maestro:

"Me he convencido, finalmente, de que mi camino está en las Artes Marciales, en el trato directo con hombres que quieran ser mejores. Así pues, pienso utilizar parte de mi mucho dinero para, en mis viajes por el mundo, ir instalando dojos donde se impartirán disciplinas que enseñen al hombre a ser fuerte por sí mismo, y sin necesidad de tener que demostrarlo.

Usted tenía razón: yo soy, básicamente, un budoka, y nada más..., ni nada menos. Por lo tanto, vuelvo al camino. Un camino en el que espero de verdad ser útil a mis semejantes, ayudando a nuestra manera a aquellos que lo necesiten con los servicios de nuestra Kuro Arashi. Ya no trabajo para quien usted sabe, ¡vuelvo a ser yo mismo!, y estoy a su disposición en todo momento.

Deseo toda la paz del Cielo y la Tierra en su jardín.

"Reciba el cariño y el respeto de

"Wade Bolt-Shí Dan”

Olvidaba algo... Sonriendo, dibujó una estrella negra de seis puntas, en negro, dejando sólo en blanco el espacio de unos ojos oblicuos, hostiles, y el trazo de una boca con las comisuras curvadas hacia abajo en un gesto amargo, que era la mueca distintiva de la Kuro Aras-hi Negra Tempestad, la organización de budokas que, desde su retiro en un bello jardín cerca de Tokio, dirigía Sensei, el viejo maestro japonés en Artes Marciales que, finalmente, y en la distancia, le había hecho comprender la verdad...

Alzó la cabeza al oír las pisadas, y se quedó mirando amablemente a Elmer, que parecía entre turbado y feliz.

—¿Sí, Elmer?

—Tienes una visita.

—¿Quién es?

Elmer se apartó, y quedó visible Altagrace Dupré, más bella que nunca, aunque visiblemente pálida. Wade Bolt se puso en pie, también súbitamente pálido. Se quedaren mirándose en silencio los dos..., y la cosa pareció que fuese a prolongarse tanto que Elmer optó por marcharse, sonriendo...

Altagrace cerró la puerta, y caminó hasta quedar delante de la mesa, siempre sin dejar de mirar a Wade.

—Te comunico —dijo, de pronto, ella, con voz tenue— que las bombas han sido retiradas de sus emplazamientos y desmontadas. Mejor dicho, eran solamente las cabezas de combate, ya que, evidentemente, una bomba completa no habría cabido en una momia... La CIA ha enviado un mensaje al Lien Lo Pon con las informaciones facilitadas por Munro Consenzi. El hombre que se presentó a recoger el dinero de tu rescate ha sido detenido, y está, ahora, detrás de toda la red que habían organizado Paula Edgars y Muthesius.

—Gracias —parpadeó Wade—. Pero ya sabía eso, Altagrace.

—Me han dicho —la muchacha tragó saliva—. Me han dicho que has dado toda una auténtica lección de supervivencia, pero que la CIA sigue negándose a aceptar tus ideas y que, por lo tanto, has dimitido.

—Así es. Pero tengo un buen camino que seguir. Espero ser igualmente útil a mis semejantes en ese camino

— ¿Y vas a recorrerlo solo?

—Nunca estaré solo. A cualquier lugar del mundo al que vaya, habrá un hombre que me entenderá, sea de la raza que sea. Y cada vez somos más. Por otra parte..., estoy acostumbrado a la soledad.

— ¿Y... te gusta?

—La soledad es buena, Altagrace. Nos permite pensar en muchas cosas. Especialmente, en nosotros mismos: el hombre debe, cuando menos, conocerse a sí mismo... Es el mejor modo de comprender y tolerar los defectos de los demás... ¿Qué ocurre? —se sorprendió Wade—. El yate se ha puesto en marcha... ¿Está tonto Elmer? ¡Ha olvidado que estás a bordo...!

—No. Yo le dije que cuando estuviese aquí, contigo, zarpase. Pero si mi compañía no te gusta, puedes... tirarme al mar. Es lo que merezco.

Wade Bolt, budoka, estuvo unos segundos mirando fijamente a Altagrace Dupré, mujer. Luego, salió de detrás de la mesa, y, suavemente, rodeó con sus brazos la cintura femenina, crispando sus manos de hierro en las turgentes caderas.

—Altagrace...

—¡Oh, Dios mío, qué estúpida he sido! —gimió ella—. ¡Qué estúpida, estúpida, estúpida...! ¡Todo este tiempo amándote, y negándomelo a mí

misma, por obcecación, por incomprensión de esa verdad que en todo momento ha estado de tu parte...! ¡Cuánto tiempo de amor perdido, Wade!

—No te preocupes —susurró él, inclinándose hacia los temblorosos labios —. Nuestro tiempo empieza AHORA...

FIN



buenas noches

¿A USTED LE QUITAN EL SUEÑO LA INFLACION,
LAS LETRAS DEL AUTOMOVIL Y LOS RECIBOS DEL GAS?

¡PUES RELAJESE, HOMBRE! Y APUNTESE
A NUESTRA CARCAJEANTE Y PICARUELA



LA REVISTA DE LOS CHISTES SEXY;
LLENOS DE BUENA INTENCION.

¡YA ESTA A LA VENTA!

good night



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.